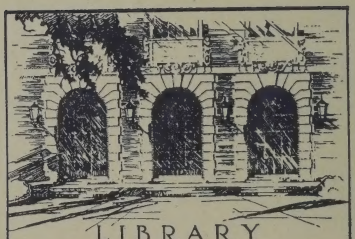


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

917.25
L594

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

To renew call Telephone Center, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

MAY 11 1982

APR 14 1982

L161—O-1096

83

LEYENDAS Y TRADICIONES

DE LAS

CALLES DE MEXICO

———::o::———

Editado por

LIBRERIA DE QUIROGA

714 DOLOROSA STREET SAN ANTONIO, TEXAS

Agente Exclusivo en la República Mexicana

ALFONSO QUIROGA

Apartado Postal 2504 México, D. F.

917.25
L599

- PROLOGO -

Los tiempos viejos, aquellos que nos recuerdan las tradiciones de nuestros abuelos, aquellos en que vemos envuelta la infancia de nuestra Patria, tienen encantos que deleitan el alma.

Cuando en las tardes primaverales, a la sombra de los árboles y acariciados por las auras, seguimos con la imaginación los detalles sencillos con que se construyen esas leyendas del tiempo viejo que, si carecen de verdad, llevan, en cambio, el matiz de la época y el sabor inimitable de lo pasado, cuando hacemos ésto, soñamos.

Si al calor del hogar, en la soledad de nuestro cuarto, rodeados de libros que parece que respiran y sienten, viendo humeantes el aristocrático pozuelito de café y el cigarrillo perfumado, dejamos que nuestro espíritu siga el curso de aquellas lecturas, que ni violentan, ni enojan, ni cansan, ¡ah! entonces parece que nos deslizamos sobre las ondas del tiempo, viendo desfilar delante de nuestros ojos los personajes y las cosas con la típica indumentaria de su época.

Pero el tiempo viejo, al par que nos deleita nos instruye. Vemos la marcha de las cosas, las transformaciones de la sociedad, la cultura creciente de los hombres. Hay tropiezos que nos arrancan una sonrisa, procedimientos que nos conmueven, sucesos que nos admiran y siempre mucho que por un proceso de comparación nos ilustra.

Del tiempo viejo se trata en este libro.

De esas leyendas y tradiciones en que se guarda envuelto el nombre de una calle, el de algún edificio público, o el de algún paraje notable.

Con estas tradiciones y con estas leyendas vamos a reconstruír la antigua ciudad de los virreyes, con sus tortuosas callejuelas, obscuras y silenciosas, iluminadas apenas a grandísimos trechos por el farolillo ahumado del sereno; con sus grandes baches, con sus nichos y divinos rostros que asustan más que inspiran confianza a los transeuntes; vamos a escuchar de vuelta el ruido de las espadas en contienda nocturna, el **téngase a la justicia** de las rondas y las carreras desatinadas de corchetes y alguaciles; vamos a oir de vuelta el vago y tristísimo lamento de **la llorona** en noches de luna, allá en los lejanos confines del barrio solitario; vamos, por fin, a oir nueva vez cada uno de aquellos detalles de la calle de D. Juan Manuel: la campanada misteriosa, los pasos lentos del fantasma terrible, la apresurada marcha del incauto vecino, la pregunta lúgubre, el grito de la víctima y el ruido sordo de su cuerpo al caer exámine sobre el arroyo.

Sólo así nos daremos cuenta de que aquella nomenclatura pintoresca, si puede decirse, de las calles de México, no es el Ayuntamiento el que la dispone de conformidad con los motivos que hoy tomaríamos como su propio fundamento; es el pueblo mismo, con sus terrores inocentes, con sus preocupaciones trasmitidas por herencia, el que aplica a cada calle el nombre que mejor recuerda la tradición de hechos que ahí se suponen realizados. Y es que ese mismo pueblo, apartado por espacio de tres centurias de la vida intelectual, sin ningunos elementos para trasmitir a sus descendientes los principales hechos de que fuera testigo, fuélos adulterando, poco a poco, hasta imprimirles el carácter fantástico que tienen en el día.

¡Cuántos actos de heroísmo, de abnegación y de generoso desprendimiento, cuántas lágrimas y cuánta sangre habrán dado orígen a los nombres de muchas calles de aquella ciudad grande en la lucha y todavía más grande en el martirio. Por aquí ayes de dolor, más allá juramentos, de un lado sombras que se levantan amenazado-

ras, del otro víctimas cuya agonía ocultan las sombras y cuyos asesinos se esconden en el misterio.

¡Cómo no había de tener México sus tradiciones, cuando en esas tradiciones va envuelto el espíritu de su nacionalidad, cuando en ellas ofrece los rasgos salientes de su infancia!

Y los que sentimos amor por la Patria, los que llevamos en las venas la sangre de aquellos aztecas indomables que cayeron al golpe de la conquista sin implorar la gracia de los vencedores, los que sentimos el orgullo nacional como rasgo peculiar de nuestra raza, natural es que encontremos en los tiempos viejos de esa bendita tierra el sabor de un manjar exquisito, manjar del alma para gustarlo en horas de delicia.

LA CALLE DE LA JOYA

Transcurría tranquilo y feliz el año del Señor de 1625. México, la reina de las Américas, descansaba de las agitaciones sufridas un año antes con motivo de la pugna habida entre el Príncipe de la Iglesia, el Dr. D. Juan Pérez de la Serna, Arzobispo de México y el representante del Rey de España, D. Diego Carrillo y Pimentel, Marqués de Gélvez.

Los habitantes de la noble ciudad gozaban esa vida pacífica de que no tenemos idea en estos tiempos de tranvías, de tumulto, de voceadores de papeles, de tráfico vertiginoso que hace de la gran México un hormiguero pululante de seres de abigarrada descripción que pasan en la imaginación del forastero como las figuras de una curiosa linterna mágica.

Todo tenía entonces sus horas. Los negocios se hacían sin agitaciones, no se oía en los grandes despachos, adornados con una sencillez sin pretensión alguna, el repiqueteo del teléfono que sacude los irritables nervios del comerciante deseoso de no perder ni un segundo, ni un centavo.

Se vivía más tiempo porque se vivía menos aprisa.

El público no tenía esa tensión de espíritu que le da hoy ese cúmulo de intereses que chocan entre sí en todo el universo mundo, y que los periódicos, los ferrocarriles, monstruos voladores de metal y madera, los hilos telegráficos, nervios del progreso moderno, el cable submarino, médula del comercio, arrojan ahora en un solo día como en una inmensa y abrumadora sima, al fatigado espíritu del hombre moderno.

No había cien papeleros en cada calle, ni cien noticias

horripilantes en cada periódico, por lo cual ciertos hechos que hoy son el pan cuotidiano llamaban poderosamente la atención de nuestros antepasados.

Tal es el que dió nombre a la calle de la Joya. Oid la tradición.

* * *

En una de las calles de esta ciudad, cuyo nombre no nos ha legado la tradición, y en la casa señorial que hace esquina con la calle de los Mesones, vivía un rico mercader español llamado D. Alonso Fernández de Bobadilla, hombre de pocas palabras, de formalidad en sus tratos, franco sin jactancia, alto, bien formado, de ojos negros que a veces parecían lanzar relámpagos, cejijunto, un tanto moreno y de voz rápida, imperiosa y bien timbrada.

Se hallaba enlazado D. Alonso Fernández de Bobadilla con una dama que figuraba entonces entre las principales, por su donaire, por su hermosura, y por sus riquezas. Era hija del conde de Torreleal y brillaba en el cielo del virreinato como brilla Sirio en el cielo tropical en una noche cuajada de estrellas.

Su cuerpo tenía el gracioso cimbrar de la palmera de Cádiz. Su boca pequeña y con fácil y un tanto maliciosa sonrisa, dejaba ver dos hileras de perlas. En sus ojos garzos y ardientes brillaba el ímpetu de un espíritu fogoso no contenido ni corregido a tiempo por las enseñanzas moderadoras de la piedad, tan común en aquellos tiempos. Impaciente, precipitada y soberbia era el tirano de sus domésticos a quienes hacía sentir con rigor el peso de su riqueza y de su superioridad social.

Como hemos dicho, la riqueza del señor y la señora de Fernández de Bobadilla era inmensa. Seguíales siempre numeroso séquito de servidumbre y de amigos, ostentando carrozas lujosísimas, arrogantes corceles, costosos y lujosísimos trajes.

Cuando asistían a la fiesta del Pendón, dice el Padre Lanuza, era de admirar aquella gallarda pareja cuya co-

mitiva de sirvientes y amigos, más que de simples nobles, semejaba el séquito de unos monarcas.

* * *

Aquella pareja vivía al parecer feliz, porque el mundo juzga falsamente que la riqueza y el lujo son la base de la felicidad, pero en el fondo esa felicidad no existía.

El señor Fernández de Bobadilla amaba a su esposa y tenía con ella miramientos delicados, sin que diese a conocerla nunca los rasgos enérgicos de su carácter resuelto. Mas ella no sabía ni agradecer ni comprenderlo.

De aquí vino poco a poco a formarse un abismo entre ambos corazones. En ella, la frialdad, el desdén injusto, el mal humor visible en presencia de su esposo, el afán de diversiones y de bien parecer a los demás; en él un sentimiento taciturno y doloroso, casi nunca expresado más que por medio de la retracción y el silencio. ¡Cuán triste es un hogar donde no reina la paz y el santo amor!

Tal era el hogar de D. Alonso Fernández de Bobadilla en la época a que se refiere nuestra tradición.

* * *

Era el 23 de Enero de 1625 y una de esas tardes tétricas y sombrías en que las nubes roban a los campos la alegría de su sol; una de aquellas tardes en que un cielo de plomo parece oprimir las almas delicadas y sentimentales.

Hallábase D. Alonso en el piso bajo de su habitación, donde tenía un despacho, sentado en vetusto y cómodo sillón, contemplando con melancolía las espirales del humo de su cigarro. ¿Qué meditaba en su interior?

Pensaba en el desamor de su esposa y le dolía el alma.

De repente por el espacio que hacia la calle dejaba una ventana entornada, cayó un papel.

Naturalmente, D. Alonso se levantó para recogerlo y saciar su curiosidad que la introducción de un mensaje hecha de semejante manera despertara en él.

Al abrir el papel un temblor involuntario corrió por sus nervios. A medida que lo leía su frente se nublaba más que el cielo de aquella tarde, sus labios se apretaban y contraían, sus dedos estrujaban el papel, sus miradas lanzaban relámpagos.

Contenía ese papel misterioso la revelación de las relaciones criminales que la esposa de D. Alonso, llamada Doña Isabel de la Garcide y Tovar, mantenía con el Lic. D. José Raúl de Lara.

No es posible describir el dolor, de furor mezclado, con que el caballero D. Alonso, recibiera tan tremenda revelación. Quiso de pronto subir a las habitaciones de su esposa y, la carta en una mano, el arma en otra, pedirle una explicación.

Después se le presentaba su esposa llena de hermosura, inocente como se la había fingido antes del matrimonio y le parecía un crimen sospechar de ella.

¡La amaba mucho más! El dolor servía para agigantar el amor, como un paño negro tendido detrás de una estatua marmórea sirve para agrandar su figura y delinear y realzar sus contornos.

No sufriría tanto el hombre en momentos semejantes, si la consideración de lo efímero e insubsistente del amor humano fuese antemural donde resistiese golpes como el que sufría D. Alonso.

El héroe de nuestro relato, después de mil sacudimientos, a cual más dolorosos, resolvió disimular y cerciorarse de la verdad de los hechos.

Fingió un largo asunto que lo detendría con el virrey hasta las altas horas de la noche y se despidió de su esposa.

Llegó la noche, una noche obscura, húmeda y fría. D. Alonso bien recatado, envuelto, esperó lejos de su casa a ver si alguien se acercaba. Pasó largos siglos de incertidumbre y de espantosísima angustia, que siglos son las horas del dolor.

Las calles estaban solitarias; sólo se oía el golpear de la lluvia sobre los techos, muros y pavimentos.

Allá de lejos en lejos se veían como estrellas perdidas, algunas de esas lámparas que en los antiguos tiem-

pos de devoción y de fé encendía la mano de un pueblo creyente ante la venerada imágen de un santo a cuyos pies nunca faltaban flores u otros adornos.

Aquellas lámparas diseminadas eran como los ojos lacrimosos de la piedad que brillan sobre el abismo obscuro de los dolores humanos.....

Los ojos vigilantes de D. Alonso creyeron descubrir en el fondo obscuro de las calles una figura. Su corazón palpitó terriblemente y tuvo que contener sus latidos apretando el pecho con la diestra.

No se había engañado. Un hombre se acercaba con paso recatado a la casa de D. Alonso Fernández de Bobadilla.

Este hombre era el Lic. D. Raúl de Lara, fiscal del Tribunal de la Inquisición. Si D. Alonso hubiera podido verlo a favor de la luz del día, habría descubierto en él un hombrecillo a la vez antipático y miserable, de mirada torva, cuerpo encorvado, flaco, apergaminado y de barba mal cuidada e hirsuta.

Este tal era el hombre que robaba a D. Alonso su amor y su honra. Jamás es disculpable la infidelidad; pero más criminal era en Isabel de Garcide y Tovar, cuando olvidaba sus santos deberes de esposa, posponiendo al apuesto D. Alonso a un hombre como Raúl de Lara. ¡Extraño capricho de las veleidades femeniles!

Al llegar Raúl a la esquina de la calle, abrióse uno de los balcones de la casa de Doña Isabel y apareció ésta. Una nube de sangre obscureció los ojos de Fernández de Bobadilla; pero contuvo el ímpetu que lo arrastraba a precipitarse sobre el de Lara.

Instantes después, penetró éste en la casa del ofendido esposo, y apenas comenzaba a poner un rico brazalete en el impuro brazo de Doña Isabel, cuando con pasos precipitados, que a los dos criminales hicieron volver los pálidos rostros, entró en la estancia D. Alonso, inyectados los ojos, lívido el rostro, temblorosa la barba. Terrible momento para los criminales, terrible también para D. Alonso, el cual sin poder contener su furor y sus celos se precipitó sobre el de Lara gritando:

—¡Muere, ladrón de honras, muere, infame seductor!

Cayó el de Lara atravesado por el acero de D. Alonso, cayó exhalando gemido doloroso y horrible.....

En tanto Doña Isabel quiso huír; pero el temor y el remordimiento le quitaron las fuerzas y caída de rodillas exclamaba, saltados los ojos, altas y enclavijadas las manos.

—¡Perdón, esposo mío!

—¡Perdón! —exclamó D. Alonso con tono de colérica ironía,— ¡perdón! He aquí el perdón que yo te otorgo:

Y hundió hasta el pomo el acero en el corazón de su esposa que cayó tras un ¡ay! desgarrador en un lago de sangre.

D. Alonso arrancó del brazo de su esposa el brazalete y saliendo de la casa con furor delirante lo clavó en la puerta del zaguán con un puñal.

Al siguiente día la ronda y el alcalde de la ciudad recogieron los cadáveres de Doña Isabel y de Raúl de Lara y como prueba de un crímen misterioso hallaron en el zaguán la joya que dió nombre a la calle que hoy lo lleva.

¿Qué fué de D. Alonso? Su fin es incierto; mas parece que el dolor le hizo retirarse a uno de los monasterios más observantes.

LA CALLE DE LA QUEMADA

En el año de 1550 llegó a la Nueva España, en la misma barca que conducía al Lic. Vena, falsa visitador de México, un acaudalado comerciante español llamado D. Gonzalo de Espinosa y Guevara, el cual en compañía de su hija y un sobrino suyo vino a habitar una suntuosa casa, que de antemano había mandado disponer por el rumbo de San Pablo.

Doña Beatriz de Espinosa, que tal era el nombre de la hija de D. Gonzalo, era una hermosa joven nacida en la Villa de Illescas y que a la sazón contaba veinte años de edad.

Dicha dama, afirma la tradición, rayaba tanto por su hermosura como por sus relevantes virtudes, sobre todo la caridad, pues se cuenta que habiendo hecho viaje al pueblo de Texcoco, encontró gran número de infelices a los cuales les cedió todas las alhajas que llevaba para que remediaran sus necesidades con el producto de su venta.

Aún no hacía un año que había llegado a este suelo, cuando contrajo relaciones amorosas con un noble joven italiano llamado D. Martín de Scúpoli, Marqués de Piamante y Franteschelo, al cual conoció en una reunión dada en palacio por el Virrey D. Luis de Velasco, Caballero de la Casa del Condestable de Castilla.

D. Martín amaba con locura a Doña Beatriz a la que celaba de un modo extraordinario y por quien según se cuenta, había tenido serios y continuos lances con varios

mancebos nobles y plebeyos que pretendían a la vez la mano de la joven.

La virtuosa Beatriz estaba dotada de los sentimientos más delicados y al mismo tiempo más fuertes y resueltos. Era una de aquellas almas que sienten el amor por las personas del otro sexo, pero del modo más puro y con la nobilísima tendencia de llevarlo hasta el ideal de la perfección.

Los celos de su amante, por una parte, y la consideración de que su hermosura física podría deslumbrarlo; sin que llegase al fondo de idealidad a que ella aspiraba, la atormentaban sin cesar.

Por fin, y después de mucho cavilar tomó una resolución heroica, la de afearse voluntariamente quemándose la cara. De este modo, pensaba ella, evito los celos de mi prometido y pruebo su espiritualismo, su fidelidad y su amor.

Resuelta a realizar su intento, despachó a toda la servidumbre de casa a fin de quedarse sola y libremente y se encerró en una pieza donde llenó de encendidas ascuas un brasero.

Había en la pieza donde esperaba el brasero la consumación de hecho tan señalado, una imágen de Santa Lucía, esa heroína cristiana que se arrancó los ojos para evitar que sedujesen más a quien pretendía impurificarla. Ante esa imágen bendita se arrodilló la delicada y noble Beatriz: se arrodilló para ofrecer su sacrificio y para tener fuerzas y vencer a la flaca naturaleza. ¡Venció! El sacrificio doloroso fué consumado, y a los lamentos sofocados que Beatriz lanzaba hubo de acudir Fray Marcos de Jesús, mercedario, que iba entrando a la casa. Beatriz, ya no fué en lo sucesivo la hermosa Beatriz. Su rostro quedó desfigurado, pero su alma más embellecida. Su pretendiente supo el hecho, por relación de Fray Marcos, y acudió a ver a su amada.

La encontró recostada en un sillón, vestida de blanco, y envuelto el rostro en una especie de blanca toca. De la antigua hermosura de Beatriz sólo quedaban unos ojos dormidos y dulces, flotando en un abismo de espiritual melancolía. Por aquellos ojos se veía la inmensidad de

un alma, por aquellos ojos se penetraba en la hondura de un pozo de aguas puras y límpidas: el corazón verdaderamente virginal de la cristiana doncella.

D. Martín fué tocado de la hermosura moral de aquella alma; se sobrepuso a las mezquindades de la materia; sintió y comprendió que el matrimonio debe vivir de santa idealidad, y prendado más de Beatriz, y agradecido hasta la veneración a su sacrificio, con amor, más que terrestre, celestial, la hizo su esposa, vió en ella un presente y un nuncio divino, y logró lo que poquísimos logran, una felicidad tranquila y serena sobre la tierra y, por el amor humano, bien entendido y divinizado, la preparación de más altas y más dilatadas venturas. Tal es el orígen del nombre que lleva la calle de **La Quemada.**

EL PADRE PINZON

Existía en el triste, miserable barrio de San Sebastián en el año de 52, una hija del pueblo, candorosa, humilde, que era pretendida por un hombre de malos antecedentes a quien ella, no conociéndolos, había correspondido. La muchacha era el tipo de la gente honrada de su clase. Vivía con su madre en un cuarto redondo que respiraba el aseo y el buen orden. El piso de madera estaba siempre pintado de amarillo. Una cama de madera, pintada en la cabecera y rodapies con follage y frutas doradas de dudoso gusto, y en la cual había una colcha de remiendos de cien colores y unas almohadas con sus puntas de gancho, era el lugar donde reposaban de noche la madre y la hija. Media docena de sillas de las que se llaman **ametaladas**, un tinajero con platos **poblanos**, ollitas de cristal azul, tazas de Cuautitlán, un **metate**, siempre muy limpio y recargado en la pared en las horas de descanso, una mesa de pies cuadrados forrada con hule amarillo, tres cuadros de santos con marcos de madera, algunas estampas litográficas de Murguía, esparcidas acá y allá sobre los blancos y aseados muros y fijadas por cuatro tachuelas cada una, junto con dos baúles y otros muebles y utensilios de menor importancia, componían el ajuar de la casa de Juana, la novia de Enrique Jiménez, el hombre de mal vivir a que antes hice referencia.

El señor cura Pinzón, que en ese tiempo estaba encargado de la parroquia de San Sebastián, sacerdote ejemplar, humilde y virtuoso que ha dejado honrosa memoria, habiéndose informado de quién era Enrique Jiménez y

habiendo sabido que era un bandido de cuenta, procuró disuadir a su hija de confesión, como era su deber, de que continuase en tratos con él.

Apenas Enrique y su hermano Vicente supieron la oposición del señor cura, juraron vengarse y concibieron un proyecto diabólico.

Enrique se fingiría enfermo y Vicente le traería al padre Pizón, que sería asesinado por Enrique y echado luego en un pozo profundo que en la casa había.

Para la realización de tan horrendo crimen escogieron una de esas noches de invierno, húmedas, frías y lóbregas en que todo el mundo se encierra en su casa.

Llegó Vicente al curato. Un farol cuadrado con una lamparita de aceite apenas alumbraba el zaguán, columpiándose al soplo del viento. De trecho en trecho había pinturas sagradas en los muros. Esta representaba la imágen de María Dolorosa, con siete puñales atravesados en el corazón; aquella era el Divino Rostro, que miraba tristemente y con divina y pacífica tenacidad a los que venían, ya del lado derecho, ya del lado izquierdo; la otra era la imágen de San Sebastián amarrado a un tronco y atravesado de flechas.

Lo destartalado del curato, el abandono de puertas y de vetustos corredores, la oscuridad de muchas habitaciones con sus ventanas abiertas, el espectáculo de los cuadros religiosos que acabo de enumerar, el silencio y calma de aquel lugar produjeron en Vicente una impresión de vacilación; pero la idea criminal triunfó y acercándose a una vidriera que dejaba trasparentar la escasa claridad de una vela de sebo, tocó tímidamente.

—¡Adentro!—exclamó una voz franca, clara, dulce y paternal. Era la del padre Pinzón.

—¿Qué se ofrece? hijo mío,—dijo cerrando el infolio que estaba leyendo, no sin señalar antes el lugar con uno de tantos papales como en su mesa había y poniéndose la siniestra mano sobre las cejas en forma de pantalla a fin de amortiguar el efecto de la luz y ver al desconocido.

—Buenas noches, padrecito,—dijo Vicente con tono hipócrita,—vengo a ver a su mercé para una confesión.

—Vamos inmediatamente, —contestó el buen cura,—

vamos, que la salvación de las almas es lo primero.

Y diciendo esto el padre Pinzón se restregó los ojos para precaverse del efecto del relente nocturno y recogiendo su manteo, y poniéndose su sombrero acanalado, dijo:

—Hijito, indícame el camino.

Vicente echó a andar y el padre le seguía platicándole con esa familiaridad propia sólo de los superiores virtuosos, que con ella atraen sin acercar a sus inferiores que les conservan juntamente el amor con el respeto.

Pero en Vicente el corazón estaba endurecido, y la dulzura y la amabilidad paternal del padre Pinzón no producía ningún efecto.

La tarde había estado lluviosa y las calles del rumbo de San Sebastián, atravesadas la mayor parte por unos de esos caños abiertos, tan comunes en los barrios por aquella época, con acera de empedrado puntiagudo, las mejores, y las otras aterradas simplemente, eran penosísimas de transitar, mucho más en los momentos en que el padre Pinzón acababa de salir y en que se desató un aguacero torrencial.

El virtuosísimo eclesiástico no se arredró. De su sombrero manaba un torrente de agua. Su mala vista, lo mal alumbrado de los vericuetos y callejones que atravesaba, iluminados de trecho en trecho por un expirante farolillo de aceite, la hondura de los caños, las desigualdades y baches del terreno, los montones de materiales y de basura, acumulados por aquí y por allí y que humedecidos por la lluvia dificultaban extraordinariamente el paso, no turbaron ni su jovialidad ni su buen celo para ir en pos del feligrés que invocaba sus auxilios en la terrible hora de morir.

Por fin, y hechos una sopa, como en lenguaje familiar se dice, llegaron el padre y Vicente a una casucha del callejón de Lecumberri. La puerta del zaguán estaba carcomida en su parte inferior. Un mingitorio, lo más antiestético y antivisible gritaba en la puerta: "no pase usted de aquí" Un caño lleno de lodo y de inmundicia y miseria corría a lo largo del cañón del zaguán y serpenteando por la hediondísima vecindad llevaba de cuarto

en cuarto los microbios de toda clase de enfermedades infecciosas. Algunos de los cuartos de vecindad dizque alumbrados por delgadísimas candelas, dejaban ver en su fondo con un centésimo de luz y noventa y nueve de tinieblas, las figuras macilentas y tristemente alegres de algunos muchachos desarrapados que jugaban sobre las vigas de sus habitaciones, flojas y vacilantes, como la dentadura de un viejo.

Atravesando un callejón, largo como el gemido de la desgracia, el padre y su conductor llegaron a un segundo patio, o más bien corral en el que había una puerta entornada. Empujándola y cerrándola después con llave, ya que el padre había pasado, Vicente dijo: ahí tiene su mercé el enfermo.

Pero la sorpresa de ambos fué en esos momentos grande.

Los muros presentaban el efecto de las paredes cuando el fuego las calcina. Un espeso y negrísimo hollín las cubría particularmente en el ángulo donde se encontraba la cama. Las vigas debajo de ésta se deshacían, calcinadas y negras, y Enrique con un cerco amoratado en los ojos abiertos y fijos con espanto e inmóviles como de vidrio, rígido el cuerpo, amarilla la piel como la de un ictérico, con una espuma negruzca en torno de la boca, apretaba con una mano tiesa y ya sin vida el puñal con que pretendiera dar muerte al santo y ejemplar cura de almas.

—¡Pero este hombre está muerto y aquí se ha verificado un misterio de justicia divina!—exclamó el padre con tono lleno de dolorosa y profundísima unción.

—¡Padre, perdón, perdón, Vírgen de la Soledad!—prorrumpió gimiendo y echándose a tierra el espantado Vicente. Y refirió al padre con elocuente brevedad sus criminales intentos.

De lo que pasó después, no da cuenta la tradición.

LA CALLE DE DON JUAN MANUEL

En el año de 1612, México estaba como quien dice trazado pero no concluído. Veíanse edificios almenados y que denunciaban la opulencia de sus dueños, junto a otros de pobre apariencia y algunas veces junto a humildes barracas de madera. Sólo una calle, habitada exclusivamente por nobles, contaba, toda entera, con los más lujosos edificios. Era conocida con el nombre de Calle Nueva.

En la acera que mira al Sur y desde la segunda casa hasta la esquina de las calles de Ixtapalapa (hoy Flamencos), se veía una serie de casas y solares que tomaban fondo hasta la calle de la Celada, hoy de San Bernardo.

El propietario de esos solares y casas era un caballero llamado D. Juan Manuel de Solórzano, cuya memoria se encuentra envuelta en mil consejas y anécdotas. De él se cuentan multitud de sucesos extraordinarios; que todas las noches a las 11 mataba una o más gentes, que tanto fué lo que hizo que lo ahorcaron los ángeles, y otras muchas vulgaridades a cual más exagerada y extravagante; pero lo verídico es lo siguiente.

El día 28 de Octubre de 1612, llegó a Nueva España en la comitiva del Virrey D. Diego Hernández de Córdova, Marqués de Guadalcázar, un noble caballero llamado D. Juan Manuel Solórzano y Betanzo, quien pertenecía, como Comendador, a la Orden de Santiago.

D. Juan Manuel era un hombre como de 49 a 52 años; su cabello antes rubio y cortado muy corto había encanecido casi completamente; la barba la tenía cerrada y las

guías del bigote retorcidas hacia arriba; delgado, pero con excesiva fuerza muscular, vestía por lo general, de trusa, boina, calzas y mayas negras, aunque algunas veces se le veían ricos bordados, ferreruelos de color, y usaba como armas un rico puñal con puño de oro y un estoque de Toledo con empuñadura de plata.

D. Juan era excesivamente feliz, pues por su título y por la íntima amistad del Virrey tenía toda clase de honores, y por su cuantiosa fortuna, toda clase de comodidades.

Cuéntase de él que una vez lo fué a ver una pobre viuda que tenía dos hijas hermosísimas a cada una de las cuales regaló cinco mil pesos sin pretender conocerlas. ¡Hermoso ejemplo de la antigua caballerosidad!

Sostenía el culto en la Iglesia de San Bernardo, la cual se comunicaba por una pequeña puerta con su casa, manteniendo así mismo en varias Iglesias lámparas y ceras que ardían de día y de noche.

Su casa como se puede ver hasta la presente, más bien que casa parecía un castillo: es de tezontle, rematada con almenas con torreones y una casilla de azulejos, pórtico de columnas, canales de cañones, y entrando a los inmensos patios se pueden admirar innumerables rejas, ventanas y claraboyas, así como pasos cubiertos que revelan lo misterioso que era D. Juan Manuel en todas sus cosas.

Para colmo de venturas, casóse el año siguiente de su llegada con una mujer de rara hermosura, llamada Doña Leonor de Branfuente y Laguna, hija de un acaudalado minero de Zacatecas con cuyó dote aumentó considerablemente sus tesoros.

D. Juan era excesivamente celoso; a grado tal que nadie conocía a su mujer, la cual sólo salía a misa de 5 y eso con un grueso velo negro que encubría su hermosura. Nadie visitaba la casa, excepción hecha del Virrey y el confesor de la señora, el cual pasaba algunas veces a desayunarse después de la misa.

Vivían tranquilos ambos esposos porque Doña Leonor sabía ajustarse a las ideas de su esposo, pero los celos vinieron a traer un desenlace funesto.

Supo un día D. Juan Manuel que el alcalde de la Corte, D. Antonio de los Reyes, en compañía del alguacil mayor, habían jurado raptar a Doña Leonor y que tal crimen lo cometerían esa noche a las once.

D. Juan Manuel no conocía al alcalde, por lo cual esa noche se puso en espectativa. Al dar las once, acertó a pasar un joven llamado D. Luis Lope de Varela al que D. Juan, confundiéndole con el alcalde, infirió alevosa y horrible puñalada, huyendo en seguida a encerrarse en su casa.

Algo había de verdad en lo del rapto, pues a la noche siguiente, desde antes de dar las once, el alcalde y el alguacil mayor se paseaban a lo largo de la calle.

D. Juan Manuel, temiendo equivocarse como la noche anterior, decidió hablarles, y acercándoseles dijo a uno de ellos con fingida galantería: —dispense usarcé, ¿qué horas son? y no dió tiempo a más, pues al desembozarse el alcalde para sacar de la limosnera el reloj, D. Juan, viendo el escudo real bordado en la trusa de éste, sacó violentamente su rica daga y hundióla tres veces en el pecho del infeliz.

El alguacil mayor huyó, pero a pocos pasos fué alcanzado por D. Juan quien lo derribó sin vida de una puñalada, no obstante tener el agredido el estoque en la mano.

D. Juan Manuel como la noche anterior huyó y encerróse violentamente en su casa.

A los tres días de ésto, D. Juan Manuel desapareció de su casa, y a los ocho amaneció ahorcado en la plaza.

¿Quién lo ahorcó?

¿Cómo pudieron descubrir su delito?

Vivía en el número uno de la calle Nueva y casi enfrente de la casa de D. Juan Manuel, una beata a quien llamaban la madre Mariana. Esta tenía la costumbre de rezar tantos credos como días de mes iban, y así el día 8 rezaba ocho credos, el día 26 se tardaba mucho en rezar los 26 credos.

El 25 de Abril de 1617, comenzaba la madre Mariana a rezar sus 25 credos cuando al dar las once oyó un gemido, apagó la lamparita de aceite que tenía delante de un crucifijo, se asomó a la ventana y vió que un hombre

cayó muerto, a la vez que otro atravesó y entró en la casa de D. Juan Manuel.

A la siguiente noche y casi a la misma hora que la anterior, escuchó el ruido de una puerta, se asomó y vió a la luz de la luna que era un hombre que embozado hasta los ojos se hallaba en pie en la puerta de la casa de D. Juan; poco rato después se desembozó y comenzó a examinar su estoque y su daga; entonces pudo ver perfectamente la madre Mariana que era el mismo D. Juan Manuel.

Ya pensaba Mariana retirarse, cuando vió que D. Juan se paró violentamente abajo de donde ella estaba; allí habló con dos caballeros y sin mediar muchas palabras D. Juan sacó su daga dando muerte a ambos caballeros, en los términos que antes hemos referido.

La madre Mariana no pudo dormir esa noche y en cuanto amaneció fué a contar a su confesor lo que había visto, quien lo delató al Arzobispo y éste a la justicia, la que decidió ahorcar misteriosamente al tal mentado caballero.

No se sabe cómo fué aprehendido ni a qué hora fué ahorcado, pues de esa ejecución sólo Dios, el Juez y D. Juan lo supieron.

Su cadáver fué sepultado con todo el lujo de entonces en el templo de San Francisco, en el altar mayor y junto al sepulcro de su primera víctima, D. Luis Lope de Varela.

Tocante a la calle Nueva, quedósele desde entonces calle de D. Juan Manuel, y la tradición afirma que en mucho tiempo nadie se atrevió a pasar por esa calle después del toque de la Plegaria.

LA CALLE DE LA CRUZ VERDE

El 17 de Septiembre de 1556 era un día de regocijo en México. Las calles se veían adornadas con gran pompa y la gente llenaba las principales avenidas, como que ese día a las once de la mañana hacía su entrada solemne el Exmo. Sr. D. Gastón de Peralta, nombrado por S. M. Felipe II, Virrey de la Nueva España.

Llegó la hora esperada por la multitud y el Virrey hizo su entrada en la capital, seguido de su brillante comitiva.

Entre los nobles caballeros que la formaban, venía un joven como de 28 a 30 años, rubio, barba cerrada, mirada viva y alegre, que vestía una trusa blanca bordada de oro y un capotillo azul con pluma blanca, llevando un rico estoque con empuñadura de plata. Venía montado en un poderoso caballo árabe con montadura bordada y descollaba entre la comitiva por su brioso porte, su lujo y su arrogancia.

* * *

Corrió el tiempo arrastrando esperanzas e ilusiones en su carrera; el marqués de Falces fué destituído del Virreinato; llegaron los Licenciados Muñoz y Carrillo, visitadores de México; cometieron horrores y arbitrariedades

fraudulentas en toda la población, hasta que por fin fueron destituídos del mando por orden de Felipe II.

Esta orden trajo consigo el mayor regocijo entre los habitantes de la ciudad, quienes sin atender que era Miércoles Santo se entregaron a los transportes de la más ruidosa alegría.

Don Alvaro de Villadiego y Maurique, que así se llamaba el noble caballero que antes hemos descrito, fué uno de los primeros que salió en arrogante caballo y seguido de su paje, a recorrer las animadas calles de la Capital.

Pocas cuadras había caminado cuando en una esquina descubrió en un balcón a una hermosa joven, blanca como la nieve y de talle esbelto, llamada Doña María de Aldaratfuente y Segura, hija de un humilde empleado en el ramo de la Real Hacienda.

Don Alvaro quedó extático ante aquella mujer: ella a la vez quedó impresionada de la figura apuesta y elegante del noble doncel, pero por virtud y por la superioridad de posición que en él notaba, no se lo manifestó.

Este, a partir de ese día, resolvió en su mente el designio de contraer matrimonio con la hermosa dama que se había hecho la señora de sus pensamientos: pero ella se mostró por largo tiempo indecisa y esquiva, a pesar de los reiterados gestos y paseos del joven D. Alvaro.

Era para éste muy difícil la comunicación con la dama que por el sumo cuidado de sus padres se mantenía en el más honesto recogimiento, y esta propia dificultad hacía crecer el amor del caballero y, sin que ella se diera cuenta, también el de la dama.

Así transcurrió largo tiempo en que D. Alvaro estaba próximo a perder toda esperanza.

Dos incidentes concomitantes vinieron, empero, a decidir a la hermosa dama en favor de las pretensiones de su amante. El primero fué uno de esos disgustos domésticos que llenan el alma de amargura; y el otro, el que una enfermedad de su madre y la consiguiente menor vigilancia, hizo que D. Alvaro lograse hacer penetrar hasta ella una misiva en que le rogaba que, si no podía contestarle por escrito, le indicase por medio de una cruz

blanca en el balcón su negativa, y su correspondencia por medio de una cruz verde.

Pasaron algunos días y ninguna cruz aparecía en el balcón.

Una mañana en que el sol con rayo de oro besaba las torres de la ciudad y en que los pájaros voladores alegraban el día, D. Alvaro, lleno de júbilo, acertó a ver en el balcón de su amada la cruz verde, señal de su felicidad.

Con la respetable intervención de un sacerdote amigo de la familia, se vencieron las resistencias que al matrimonio de Doña María presentó aquella y a los quince días se juraron amor eterno al pie de los altares los nuevos esposos.

Y no es lo singular que se lo juraran, sino que lo cumplieron.

En recuerdo de aquello que había principiado su felicidad, D. Alvaro mandó poner en el ángulo de la casa de Doña María, desde el suelo hasta el nivel del balcón, una gran cruz verde de piedra que hasta la presente existe y que dió nombre a la calle.

EL CALLEJON DEL ARMADO

Durante el gobierno del virrey, D. Rodrigo Pacheco y Osorio, llegó a Nueva España un viejo mercader español llamado D. Lope de Armijo y Lara, quien se fué a vivir a una casa pobre y ruinosa en uno de los callejones al Oriente da la ciudad.

Don Lope llevaba una vida llena de misterios, no tenía servidumbre, compraba personalmente sus víveres, hacía muchas caridades, vestía humildemente, pero siempre se le veía armado hasta los dientes; armadura completamente damasquina traía sobre acerada cota de malla, largo estoque y luenga daga ceñía a su cintura, y de noche los que lo veían salir afirmaban que a la luz de la luna se le veían otras armas; por lo cual no tardaron en conocerlo con el nombre de "el armado".

Todas las mañanas se le veía en el templo de San Francisco; permanecía en oración las horas enteras; comulgaba dos veces por semana, y algunos afirman que algunas noches se le oía hacer penitencia.

En las más lóbregas de éstas salía y tomaba el rumbo de la plazuela de Mixcalco perdiéndose pronto en las sombras; volvía después de la media noche y se le oía contar gran cantidad de dinero; en seguida se escuchaba un grande y lastimero quejido y un ruido como de una gran tapa de fierro que cayese sobre una caja y luego todo quedaba recogido en el silencio.

La vida de este hombre era un misterio que muchos

querían desentrañar denunciándolo a la justicia; pero el desenlace fué más tenebroso todavía.

Una mañana, el hombre misterioso apareció ahorcado y pendiente de su propio balcón. ¿Fué un suicidio, originado por el pánico de una denuncia? ¿Fué un crímen de esos que jamás investiga la justicia humana? Nadie lo sabe; pero al registrar la casa de "el armado", que dió nombre a su calle, se encontró una gran suma de dinero y cráneos de hombres que seguramente perecieron a sus manos.

EL PUENTE DEL CUERVO

Cerca del expirar del siglo XVI, allá por el año de mil quinientos y noventa y tres, vivía en la espalda del colegio de los Jesuitas un hombre llamado D. Rodrigo de Ballesteros, capitán de arcabuceros de los reales ejércitos y el cual, habiendo sido herido en España en la famosa batalla de San Quintín, fué premiado por el poderoso rey Felipe II, con el retiro del servicio y enviado a estas nuevas y codiciadas tierras a una encomienda cerca de Atzcapotzalco.

Nuestro D. Rodrigo era un hombre singular, pues en tanto que su casa era una de las más bellas de ese rumbo y pajes con doradas libreas hacían el servicio de la mesa con rica vajilla de luciente plata, él en su persona contrastaba con el lujo de su morada pareciendo casi un mendigo por su traje raído y por su repugnante desaseo. No se le conoció por largos años más que un capellar de damasco aplomado, donde se superpusieron unas manchas sobre otras, de color incierto, entre aplomado y verde a trechos, y de todos los colores del iris en otros, según el color de las manchas que hacían del matusalénico capellar una especie de animadísima paleta.

Sobre esta paleta lucía grotescamente la cruz de Santiago.

Grueso, de baja estatura, de voz estentórea, con un ojo para el sur y el otro para el norte, ya viejo hasta de 70 años, enemigo de los niños, que maltrataba y que huían a su paso, era D. Rodrigo antipático para cuantos

le trataban, por su aspereza, su mezquindad y sus excentricidades.

Se le acusaba de íntimas y sospechosas amistades con judíos y con gente de mal vivir.

A la misa jamás asistía y, como hiciera gala de ello en aquellos tiempos de creencia, todo el mundo estaba escandalizado de él, y acabaron por llamarle "el excomulgado".

Gustaba mucho de los animales y su casa estaba convertida en un arca de Noé. Hablaba con éstos como si le entendieran, y el vulgo decía, (el vulgo es capaz de creer todo) que entendía el lenguaje de los animales.

Pero el animal de su predilección era un cuervo, feo como el pecado y negro como la noche. Este cuervo gozaba de grandes privilegios, pues podía impunemente ensuciar y maltratar todo en la casa de D. Rodrigo, quien montaba en ira cuando al **diablo**, que así se denominaba a su cuervo, alguno se propasaba a inferirle el menor maltrato.

El nombre del **diablo** resonaba con amor a todas horas y en todo momento en la casa de D. Rodrigo.

Los sirvientes para disculparse de alguna fechoría y para aplacar a D. Rodrigo no tenían otra cosa que decir:

"Señor, ésto lo hizo el **diablo**". Con lo cual se serenaba con una sonrisa horrible y maligna:

"Pues si lo hizo el **diablo**, está bien hecho."

Tanto oir todos el nombre del diablo y con tanta aprobación al ver las malas costumbres de D. Rodrigo, que era un viejo libertino, cuyas hazañas por respeto al lector callamos, fué formándole una reputación nada envidiable, pues no es muy de simpatizar el que tiene tan íntimas amistades con el diablo.

Puso el colmo a las antipatías del vecindario la súbita desaparición de D. Rodrigo y de su cuervo. Ni por mar ni por tierra se les encontró jamás. Lo que sí se halló fué un Cristo manchado de sangre y muchas plumas del cuervo manchadas también de sangre a sus pies. ¿Qué significaba aquello? El misterio más impenetrable envolvió siempre aquel problema.

"El **diablo** y D. Rodrigo azotaron al Cristo; fué la voz

popular, y ambos se han ido derechito al infierno, donde continúan a tizonazos sus conversaciones de acá en la tierra."

Nadie quiso, ni regalada, la casa de D. Rodrigo. El polvo formó una espesa capa sobre mesas y tapicerías. Hasta la vajilla de plata, donde el cuervo o sea el diablo, comió a la par de D. Rodrigo, quedó intacta, como en un museo. La casa se convirtió en una especie de fósil, enterrado entre las otras casas del barrio.

Es de advertir que fueron desocupadas las convecinas. Mil historias espantables se referían.

Al año apareció el cuervo maldito en un puentecillo que había en la calle de D. Rodrigo. Siniestros y espeluznantes eran sus graznidos. Daban, tétricas y lentas, las doce de la noche, y desaparecía. Cuando pasaba cerca de él alguna ronda, volaba al balcón de la abandonada casa y en él continuaba su música infernal de horripilantes graznidos.

No es de extrañar que la calle tomase con el tiempo el nombre con que hoy la conocemos,pues el vulgo llegó a decir que en las noches obscuras y lluviosas, cuando crujen las vidrieras azotadas por el viento y éste se queja como un ser doliente en las hendiduras y en los estrechos pasillos, aparecía a la luz fosfórica de los relámpagos un esqueleto que riendo de un modo que no daba risa, sino pavura, acariciaba un cuervo con las desnudas falanges de unas manos sin carne y sin tendones, produciendo luego con ellas un castañeteo que oído a lo lejos y entre los truenos, hacía llorar a los niños que buscaban para esconderse el abrigo bendito del seno maternal.

EL CALLEJON DEL PADRE LECUONA

No recuerdo el día, el mes, ni año del suceso, ni si la persona que me refirió los hechos que voy a relatar, los señaló; sólo entiendo que se refería a la época de 1820 a 1830; y en lo que no me cabe duda es que se trataba del principio de una noche obscura, fría y lluviosa como suelen serlo las de invierno. El padre Lanzas tenía ajustada una partida de malilla o tresillo con algunos amigos suyos, por el rumbo de Santa Catarina Mártir; y terminados sus quehaceres del día, iba del centro de la ciudad a reunírseles esa noche, cuando a corta distancia de la casa en que tenía lugar la modesta tertulia, alcanzóle una mujer del pueblo ya entrada en años y miserablemente vestida, quien, besándole la mano, le dijo:

—¡Padrecito! ¡Una confesión! Por amor de Dios véngase conmigo su merced, el caso no admite espera.

Trató de informarse el padre de si se había o no acudido previamente a la parroquia respectiva en solicitud de los auxilios espirituales que se le pedían; pero la mujer con frase breve y enérgica le contestó que el interesado pretendía que él precisamente le confesara, y que si se malograba el momento, pesaría sobre la conciencia del sacerdote; a lo cual éste no dió más respuesta que echar a andar detrás de la vieja.

Recorrieron en toda su longitud una calle de Poniente a Oriente, mal alumbrada y fangosa, yendo a salir cerca del Apartado, y de allí tomaron hacia el Norte, has-

ta torcer a mano derecha y detenerse en una miserable accesoría del callejón del Padre Lecuona. La puerta del cuartucho estaba nada más entornada, y empujándola simplemente la mujer, penetró en la habitación llevando al padre Lanzas de una de las extremidades del manteo. En el rincón más amplio y sobre una estera sucia y medio desbaratada, estaba el paciente, cubierto con una frazada; a corta distancia un vela de sebo puesta sobre un jarro boca abajo en el suelo, daba su escasa luz a toda la pieza, enteramente desamueblada y con las paredes llenas de telarañas. Por terrible que sea el cuadro más acabado de la indigencia, no daría idea del desmantelamiento, desaseo y lobreguez de tal habitación, en que la voz humana parecía apagarse antes de sonar, y cuyo piso de tierra exhalaba el hedor especial de los sitios que carecen de la menor ventilación.

Cuando el padre, tomando la vela, se acercó al paciente y levantó con suavidad la frazada que lo ocultaba por completo, descubrióse una cabeza huesosa y enjuta, amarrada con un pañuelo amarillento y a trechos roto. Los ojos del hombre estaban cerrados y notablemente hundidos, y la piel de su rostro y de sus manos, cruzadas sobre el pecho, aparentaba la sequedad y la rigidez de las momias.

—Pero este hombre está muerto,—exclamó el padre Lanzas, dirigiéndose a la vieja.

—Se va a confesar, padrecito, respondió la vieja quitándole la vela, que fué a poner en el rincón más distante de la pieza, quedando casi a obscuras el resto de ella; y al mismo tiempo el hombre, como si quisiera demostrar la verdad de las palabras de la mujer, se incorporó en su petate y comenzó a recitar en voz cavernosa, pero suficientemente inteligible, el Confiteor Deo.

Tengo que abrir aquí un paréntesis a mi narración, pues el digno sacerdote jamás a alma nacida refirió la extraña y probablemente horrible confesión que aquella noche le hicieron. De algunas alusiones y medias palabras suyas se infiere que al comenzar su relato el penitente, se refería a fechas muy remotas, que el padre, creyéndole difuso o divagado, y comprendiendo que no había

tiempo qué perder, le excitó a concretarse a lo que le importaba; que a poco entendió que aquel se daba por muerto de muchos años atrás, en circunstancias violentas que no le habían permitido descargar su conciencia como había acostumbrado pedirlo diariamente a Dios aun en el olvido casi total de sus deberes y en el seno de los vicios, y quizá hasta del crímen; y que por permisión divina lo hacía en aquel momento, viniendo de la eternidad para volver a ella inmediatamente. Acostumbrado Lanzas, en el largo ejercicio de su ministerio, a los delirios y extravagancias de los febricitantes y de los locos, no hizo mayor aprecio de tales declaraciones, juzgándolas efecto del extravío anormal o inveterado de la razón del enfermo; contentándose con exhortarle al arrepentimiento y explicarle lo grave del trance a que estaba orillado, y con absolverle bajo las condiciones necesarias supuesta la perturbación mental de que le consideraba dominado. Al pronunciar las últimas palabras del rezo, notó que el hombre había vuelto a acostarse, que la vieja no estaba ya en el cuarto, y que la vela, a punto de consumirse por completo, despedía sus últimas luces. Llegando a la puerta, que permanecía entornada, quedó la pieza en profunda oscuridad; y aunque al salir atrajo con suavidad la hoja entreabierta, cerróse ésta de firme, como si de adentro la hubieran empujado. El padre, que contaba con hallar a la mujer en la parte de afuera y con recomendarle el cuidado del moribundo y que volviera a llamarle a él mismo, aún a deshora, si advertía que recobraba aquel la razón; desconcertóse al no verla; esperóla en vano durante algunos minutos; quiso volver a entrar en la accesoria, sin conseguirlo, por haber quedado cerrada como de firme la puerta; y apretando en la calle la oscuridad y la lluvia, decidióse, al fin a alejarse, proponiéndose efectuar al siguiente día muy temprano, nueva visita.

Sus compañeros de malilla y tresillo le recibieron amistosa y cordialmente, aunque no sin reprocharle su tardanza. La hora de la cita había, en efecto, pasado ya con mucho, y Lanzas, sabiéndolo o sospechándolo, había venido aprisa y estaba sudando. Echó mano al bolsillo en busca del pañuelo para limpiarse la frente, y no le halló.

No se trataba de un pañuelo cualquiera, sino de la obra acabadísima de alguna de sus hijas espirituales más considerada de él: finísima batista con las iniciales del padre, primorosamente bordadas en blanco, entre laureles y trinitarias de gusto más o menos monjil. Prevalido de su confianza en la casa, llamó al criado, le dió las señas de la accesoria en que seguramente había dejado el pañuelo, y le despachó en su busca, satisfecho de que se le presentara así ocasión de tener nuevas noticias del enfermo, y de aplacar la inquietud en que él mismo había quedado a ese respecto. Y con la fruición que produce en una noche fría y lluviosa, llegar de la calle a una pieza abrigada y bien alumbrada, y hallarse en amistosa compañía cerca de una mesa espaciosa, a punto de comenzar el juego que por espacio de más de veinte años nos ha entretenido una o dos horas cada noche, repantigóse nuestro Lanzas en uno de esos sillones de vaqueta que se hallan frecuentemente en las celdas de los monjes, y que yo prefiero al más pulido asiento de brocatel o terciopelo; y encendiendo un buen cigarro habano, y arrojando bocanadas de humo aromático, al colocar sus cartas en la mano izquierda en forma de abanico, y como si no hiciera más que continuar en voz alta el hilo de sus reflexiones relativas al penitente a quien acaba de oir, dijo a sus compañeros de tresillo:

—¿Han leído ustedes la comedia de D. Pedro Calderón de la Barca, intitulada "La Devoción de la Cruz?"

Alguno de los comensales la conocía, y recordó al vuelo las principales peripecias del galán noble y valiente al par que corrompido, especie de Tenorio de su época, que muerto a hierro, obtiene por efecto de su constante devoción a la sagrada insignia del cristiano, el raro privilegio de confesarse momentos u horas después de haber cesado de vivir. Recordando lo cual, Lanzas prosiguió diciendo en tono entre grave y festivo.

—No se puede negar que el pensamiento del drama de Calderón es altamente religioso, no obstante que algunas de sus escenas causarían positivo escándalo hasta en los tristes días que alcanzamos. Mas para que se vea que las obras de imaginación suelen causar daño efectivo aun

con lo poco de bueno que contengan, les diré que acabo de confesar a un infeliz, que no pasó de artesano en sus buenos tiempos, que a penas sabía leer, y que indudablemente había leído o visto "La Devoción de la Cruz", puesto que en las divagaciones de su razón creía reproducir en sí mismo el milagro del drama.....

—¿Cómo ¿cómo?—exclamaron los comensales de Lanzas mostrando repentino interés.

—Como ustedes lo oyen, amigos míos. Uno de los mayores obstáculos con que en los tiempos de ilustración que corren se tropieza en el confesionario, es el deplorable efecto de las lecturas, aun de aquellas que a primera vista no es posible calificar de nocivas. No pocas veces me he encontrado bajo la piel de beatas compungidas y feas, con animosas Casandras y tiernas y remilgosas Atalas; algunos delincuentes honrados a la manera del de Jovellanos han recibido de mi mano la absolución, y en el carácter de mucho hombres sesudos, he advertido fuertes conatos de imitación de las fechorías del "Periquillo" de Lizardi. Pero ninguno tan preocupado ni porfiado como mi último penitente, loco, loco de remate. ¡Lástima de alma, que a vueltas de un verdadero arrepentimiento, se está en sus trece de que hace quién sabe cuántos años dejó el mundo, y que por altos juicios de Dios..... ¡Vamos! ¡Lo del protagonista del drama consabido! Juego.....

En estos momentos se presentó el criado de la casa, diciendo al padre que en vano había llamado durante media hora a la puerta de la accesoria, habiéndose acercado, al fin, el sereno, a avisarle caritativamente que la tal pieza y las contiguas llevaban mucho tiempo de estar vacías, lo cual le constaba perfectamente por razón de su oficio y de vivir en la misma calle.

Con extrañeza oyó ésto el padre; y los comensales que, según he dicho, habían ya tomado interés en su aventura, dirigiéronle nuevas preguntas mirándose unos a otros. Daba la casualidad de hallarse entre ellos nada menos que el dueño de las accesorias, quien declaró que, efectivamente, así éstas como la casa toda a que pertenecían, llevaban cuatro años de vacías y cerradas, a con-

secuencia de estar pendiente en los tribunales un pleito en que se le disputaba la propiedad de la finca, y no haber querido él entretanto, hacer las reparaciones indispensables para arrendarla. Indudablemente Lanzas se había equivocado respecto de la localidad por él visitada y cuyas señas, sin embargo, correspondían con toda exactitud a la finca cerrada y en pleito: a menos que a excusas del propietario, se hubiera cometido el abuso de abrir y ocupar la accesoria, defraudándole su renta. Interesados igualmente, aunque por motivos diversos, el dueño de la casa y el padre en salir de dudas, convinieron esa noche en reunirse otro día temprano para ir juntos a reconocer la accesoria.

Aún no eran las ocho de la mañana siguiente, cuando llegaban a su puerta, no sólo bien cerrada, sino mostrando entre las hojas y el marco y en el ojo de la llave, telarañas y polvo que daban la seguridad material de no haber sido abierta en algunos años. El propietario llamó sobre ésto la atención del padre, quien retrocedió hasta el principio del callejón, volviendo a recorrer cuidadosamente y guiándose por sus recuerdos de la noche anterior, la distancia que mediaba desde la primera esquina hasta el cuartucho; a cuya puerta se detuvo nuevamente, asegurando con toda formalidad ser la misma por donde había entrado a confesar al enfermo, a menos que, como éste, no hubiera perdido el juicio. A creerlo así se iba inclinando el propietario al ver la inquietud y hasta la angustia con que Lanzas examinaba la puerta y la calle, ratificándose en sus afirmaciones y suplicándole hiciese abrir la accesoria a fin de registrarla por dentro.

Llevaron un manojo de llaves viejas, tomadas de orín, y probando algunas, después de haber sido necesario desembarzar de tierra y telarañas por medio de clavo o estaca el agujero de la cerradura, se abrió al fin la puerta, saliendo por ella el aire malsano y apestoso a humedad que Lanzas había aspirado allí la noche anterior. Penetraron en el cuarto nuestro clérigo y el dueño de la finca, y a pesar de su obscuridad pudieron notar desde luego que estaba enteramente deshabitado y sin mueble ni rastro alguno de inquilinos. Disponíase el dueño a salir

invitando a Lanzas a seguirle o precederle, cuando éste, renuente a convencerse de que había simplemente soñado lo de la confesión, se dirigió al ángulo del cuarto en que recordaba haber estado el enfermo, y halló en el suelo y cerca del rincón su pañuelo, que la escasísima luz de la pieza no le había dejado ver antes. Recogiólo con profunda ansiedad y corrió hacia la puerta para examinarle a toda la claridad del día. Inundados en sudor su semblante y sus manos, clavó en el propietario de la finca los ojos, que el terror parecía hacer salir de sus órbitas; se guardó el pañuelo en el bolsillo, descubrióse la cabeza y salió a la calle con el sombrero en la mano, delante del propietario, quien, después de haber cerrado la puerta y entregado a su dependiente el manojo de llaves, echó a andar al lado del padre, preguntándole con cierta impaciencia.

—Pero, ¿y cómo explica Ud. lo acaecido?

Lanzas le vió con señales de extrañeza, como si no hubiera comprendido la pregunta, y siguió caminando con la cabeza descubierta a sombra y a sol, y no se la volvió a cubrir desde aquel punto. Cuando alguien le interrogaba sobre semejante rareza, contestaba con risa como de idiota, y llevándose la diestra al bolsillo para cerciorarse de que tenía consigo el pañuelo. Con infatigable constancia siguió desempeñando las tareas más modestas del ministerio sacerdotal, dando señalada preferencia a las que más en contacto le ponían con los pobres y los niños, a quienes mucho se asemejaba en sus conversaciones y en sus gustos. ¿Tenía acaso presente el Pasaje de la Sagrada Escritura relativo a los párvulos? Jamás se le vió volver a dar el menor indicio de enojo o de impaciencia, y si en las calles era casual o intencionalmente atropellado o vejado, continuaba su camino con la vista en el suelo y moviendo sus labios como si orara. Así le suelo contemplar todavía en el silencio de mi alcoba, entre las nubes de humo de mi cigarro; y me pregunto, si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas, no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo.

Diré, por vía de apéndice, que poco después de su

muerte, al reconstruír alguna de las casas del callejón del Padre Lecuona, extrajeron de la pared maestra de una pieza, que ignoro si sería la consabida accesoria, el esqueleto de un hombre que parecía haber sido allí lapidado mucho tiempo antes, y a cuyo esqueleto se dió sepultura con las debidas formalidades.

Lo anterior lo hemos copiado y como se ve, el protagonista figura con el nombre de Lanzas y de Lanchitas, después del suceso que lo dejó espantado, aunque otros dicen que el héroe de la tradición se llamaba Lecuona.

LA CALLE DE LA ADUANA DE STO. DOMINGO

A principios del siglo pasado vivía en la corte de la Nueva España un rico y noble caballero, coronel del Regimiento de las "Tres Villas" llamado D. Juan Gutiérrez Rubín de Célis, Caballero de la Orden de Santiago y que según afirman varios historiadores, poseía también el hábito de Calatrava, lo cual le hacía gozar de muchos fueros y distinciones.

D. Juan Gutiérrez era un hombre entregado al lujo y ostentación; nunca se le veía a pie sino siempre en carroza o en su litera. Gastaba tal lujo para vestirse, que un historiador de su época afirma que el año de 1716, con motivo de la toma de posesión del Gobierno, por el Marqués de Valero, llevaba tal cantidad de joyas que solamente los bordados de perlas del casacón representaban la suma de treinta mil pesos.

El dicho D. Juan que era un hombre excesivamente descuidado y apático para todo lo que se le encomendaba, desempeñaba por el año de 1730, el cargo de Prior del Consulado, nombramiento honroso que había recibido del Virrey D. Juan de Acuña, Marqués de Casafuerte.

El repetido D. Juan, aunque entrado en años, amaba con locura a una hermosa joven llamada Doña Sara de García Sonera y Acuña, parienta del Virrey, la cual dudaba en corresponder al amor del Prior del Consulado, desagradada del carácter frío y apático de su pretendiente y temerosa de que no la supiese amar, ni la hiciese feliz en el matrimonio.

Entró el año de 1741 y por fin Doña Sara correspondió a D. Juan, más con la sola y extraña condición de que en el plazo de seis meses se habían de concluír las obras de la Aduana, cuya construcción se había empezado años atrás y guardaba, a la sazón, un estado de deplorable abandono.

La joven quería probar si el amor de D. Juan lo sacaba de su carácter y si era capaz de hacerle ejecutar alguna cosa extraordinaria.

D. Juan aceptó la condición y a renglón seguido buscó un arquitecto que a cualquier precio, concluyese el comenzado edificio. Pero ni uno, ni otro, ni otros más se comprometieron.

Mas, D. Juan ya no era, inflamado por el amor que hace prodigios, el D. Juan que dejaba correr todas las cosas, como se mira correr el agua, sino que activo, empeñoso, casi desatinado, se propuso levantar el edificio a toda costa y en el brevísimo plazo que se le había impuesto.

D. Juan, el apático D. Juan, quedó transformado como por encanto y, no encontrando arquitecto, resolvió dirigir él mismo la fábrica. Hizo traer un gran número de negros para que trabajaran como albañiles. Distribuyó entre todos los canteros que en la ciudad existían, las piedras que se habrían de labrar; mandó construír violentamente balcones y barandales; al mismo tiempo hizo que las carpinterías dispusiesen bastidores, puertas y ventanas y, vigilando todo, echando sapos y culebras cuando algo se retardaba, aconsejándose de los inteligentes y trabajando más que todos sus negros juntos, logró tres días antes de que expirase el plazo fijado por Doña Sara, poner en manos del Virrey las llaves del nuevo edificio del Consulado.

Doña Sara cumplió a su vez, como D. Juan; ambos contrajeron matrimonio en el mes de Agosto de ese mismo año, y D. Juan para dejar un recuerdo de su amada a las generaciones venideras, mandó esculpir una lápida en el lugar en que Doña Sara le impuso la condición y el plazo, lápida que tenía al principio de cada renglón una inicial de la dama. La lápida decía así:

"Siendo Prior del Consulado el coronel Don Juan Gutiérrez Rubín de Célis, Caballero de la Orden de Santiago y Cónsules Don Gaspar de Alvarado, de la misma Orden, y D. Lucas Serafín Chacón, se acabó la fábrica de esta Aduana a 28 de Junio de 1731."

La tradición no nos dice más de esta noble pareja, pero la rara leyenda que os he referido ha hecho imperecedero el nombre de la Aduana de Sto. Domingo.

EL ALTAR DEL PERDON

¿Quién no conoce este hermoso retablo de la Catedral de México, y quién no conoce también la hermosa pintura que se halla en el centro del expresado altar? Pues siendo esa pintura orígen de una tradición, os la daré a conocer en pocas palabras.

Entre el acompañamiento que traía el noble D. Gastón de Peralta, Marqués de Falces y Virrey de Nueva España, venía un joven pintor, italiano de orígen, pero educado en España, llamado Peirens, el cual estaba contratado por el Virrey para hacer algunas obras de importancia en el palacio virreinal.

Peirens gozaba de las simpatías del Virrey por lo cual asistía a las comidas y reuniones de palacio.

Una vez, durante un banquete, un noble caballero preguntó al joven pintor por qué causa no se encargaba de hacer una pintura para el concurso que el Cabildo Metropolitano había abierto, ofreciendo un premio al que pintase la mejor imágen de la vírgen para el centro del altar del Perdón.

Peirens contestó con desenfado, desdén e impiedad que él jamás había pensado en hacer pinturas sagradas; que ni por todo el oro del mundo pintaría esa imágen.

El caballero quedó escandalizado con las ideas de Peirens y no tardó en referrir al Arzobispo lo que el joven pintor le había dicho.

El venerable anciano Fray Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, mandó llamar a Peirens, pidiendo permiso antes al Virrey, que lo era ya D. Martín Enríquez de Almanza.

El joven pintor fué al Arzobispado e interrogado sobre lo que había expresado al noble caballero, se sostuvo en su dicho y agregó que su paleta rechazaba la pintura sagrada.

El Arzobispo escandalizado, mandó en el acto a Peirens a la Inquisición cuyo tribunal estaba recién fundado, ordenando se le tuviese allí hasta que se retractara.

Meses pasaron y el obcecado Peirens prefirió la prisión a retractarse o pintar la sacra imágen.

¿Por qué la pintó, al fin?

He aquí lo que dicen algunos.

Estaba Peirens muy triste al caer de una tarde. Las golondrinas, libres, locuaces y alegres, revoloteaban en torno de la reja de su prisión. Un rayo macilento del sol poniente penetraba por la alta claraboya del calabozo donde yacía Peirens.

Las golondrinas se retiraron a sus nidos en las cornisas de la torre vecina que dió el toque de oraciones. El sol entre nubes se hundió en el ocaso, y la luna, precedida de la virginal estrella de la tarde, comenzó a descorrer de su plateada frente el cendal de sutilísima y tornasolada nube que la envolvía.

Cuando la oscuridad del calabozo de Peirens era mitigada dulcemente por un chorro tenue de luz que al penetrar formaba la luna, un estremecimiento inexplicablemente amoroso se apoderó de Peirens, y la Santísima Vírgen se le presentó resplandeciente de bondad, resplandeciente de luz celestial, de que la luz del sol no puede dar idea, y con una voz que la música no es capaz de imitar siquiera, le dijo:

—Hijo mío ¿por qué no me amas?

—Señora y reina mía, ya os amo,—contestó Peirens, arrodillándose y tomando la fimbría del manto de la Vírgen.

A su contacto se estremeció. Una serenidad inusitada se apoderó de su espíritu y de su carne y sumergido

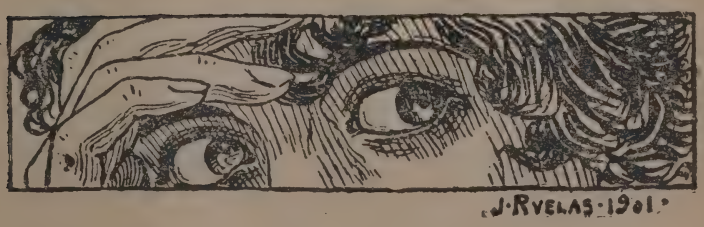
en una contemplación, que no se sabe cuánto duró, al despertar solo percibió un aroma extraño que no era ni de nardos ni de azucenas, aroma que inspiraba ideas celestiales.

Colores y pinceles tenía Peirens pero carecía de tela en qué pintar y por eso resolvió hacer la imágen de la Vírgen en la puerta misma de su calabozo.

Cuando Peirens hubo terminado el cuadro, mandó llamar al Arzobispo, quien al contemplar aquella obra de arte, aquel cuadro perfectamente acabado, aquellos rostros de la Vírgen y el Infante divino con tan dulce sonrisa, no pudo menos de arrodillarse, hizo breve y fervorosa oración, y levantándose bendijo a Peirens; le mandó poner en libertad, y le dió, según afirma el padre Marcelline en su obra "Templos de México", la respetable suma de 150 mil pesos.

La puerta que contenía aquella hermosa imágen fué quitada de allí, y aprobada la pintura por el Cabildo Metropolitano como la mejor de la Vírgen María que existía en Nueva España, se la mandó poner grueso y ancho marco de plata macisa y colocóse en el altar del Perdón.

En el mismo sitio y en el mismo cuadro que la admiraron aquellas generaciones pías, la podemos admirar nosotros yendo a visitar el Altar del Perdón.



EL CALLEJON DEL MUERTO

En la primera década del siglo XVI o sea el año de 1608, ocurrió en México un caso extraordinario y maravilloso. Oidlo:

En el año de 1587 llegó a la Nueva España, procedente de Filipinas, un humilde y honrado comerciante español llamado D. Tristán de Alzucer, el cual en compañía de su hijo llamado también Tristán, fué a vivir a una humilde, estrecha y apartada calleja.

Estableció allí un pequeño comercio con cuyos productos tenían él y su hijo para vivir.

Por el año de 1606 ocurrió que habiendo salido Tristán el hijo a hacer algunas compras a la costa, enfermóse, llegando a punto de morir, por lo que el afligido padre hizo promesa a la Vírgen de Guadalupe de que si se restablecía aquél iría a su Santuario a pie.

Restablecióse el hijo y D. Tristán olvidó bien pronto la promesa que debía.

Los Alzucer llevaban amistad estrecha con el Illmo. Sr. D. Fray García de Santa María Mendoza, a la sazón Arzobispo de México; con el cual consultó D. Tristán, que no andaba muy tranquilo, su caso de conciencia.

El Arzobispo lo tranquilizó y le dispensó la dicha promesa, con lo cual D. Tristán no volvió a pensar más en ella.

La mañana del 12 de Mayo de 1609 según costumbre

mensual, fuése el Arzobispo a celebrar misa al santuario de Guadalupe y a su regreso encontró a D. Tristán de Alzucer el cual con una voz hueca y cavernosa le dijo que iba a cumplir la manda pues si no, Dios no lo perdonaría.

El Arzobispo notó en Tristán un aspecto tristísimo y una palidez como la de los muertos. Su mano estaba frígida y sin elasticidad y el prelado se estremeció todo al sentir su helado contacto. Tristán le pareció un muerto, pero viéndole caminar con paso grave y pausado se persuadió de que había hablado con un vivo. Lleno de preocupación y de secreto terror regresó a su palacio.

Sorprendióse el prelado; pero no fué tanta su sorpresa por la muerte de Tristán, padre, cuanto por haber encontrado a éste en el camino, con aquel rostro cadavérico que, si entonces le impresionó, ahora le ponía el mayor espanto. Vacilaba en su terror en ir o no a la casa del muerto, pero fué por fin y un calosfrío terrible se apoderó de él cuando vió a Tristán, entre las llamas temblorosas de cuatro cirios, cruzadas las manos sobre el pecho, vestido con negra mortaja y con el mismo rostro con que lo vió en el camino de la Villa.

El prelado daba diente con diente y descubriendo aquí un misterio divino se arrodilló rodeado de los familiares que le acompañaban.

El callejón donde vivía Tristán quedó casi despoblado, pues se decía que a las doce de la noche el muerto, con un sudario blanco y una vela amarilla, rezando se paseaba, de esquina a esquina. Ese callejón se llamó luego con el título de esta leyenda.

La casa de D. Tristán ha desaparecido, pero el vulgo sigue llamando a la calle donde estaba construída "El Callejón del Muerto."

LA CALLE DEL INDIO TRISTE

¡Hermosa, santa y nobilísima virtud es la del patriotismo! El hombre que no ama el lugar que lo vió nacer, el hombre que permanece indiferente ante las ruinas de las nacionales fronteras no es digno del título de hombre. Hasta los animales tienen predilección por determinados climas y lugares, que es como una imágen y remedo del sentimiento patriótico; entre los hombres, este sentimiento es más que el amor al sólo lugar nativo, puesto que en él se vinculan los efectos de amor a la familia, a los conciudadanos, a las costumbres, a las tradiciones, que son cosas todas del orden moral.

Ejemplo noble de patriotismo ofrece la historia de la conquista de México, como lo vereis en la verídica historia que pasamos a referir.

En el Museo Nacional existe una estatua conocida con el nombre de "El Indio Triste", la que muchos toman por un dios de los antiguos mexicanos, cuando en realidad representa al personaje histórico que dió nombre a una de nuestras calles.

Al consumarse la conquista, México había quedado casi en ruina. El espectáculo del dolor y de la desolación se ofrecía por todas partes.

Aquí eran muros desplomados; allí techos abiertos; por otro lado columnas solitarias.

En el semblante de los antiguos dueños de la tierra se pintaba la tristeza, pero en particular ésta puso su

marca en un indio que había sido uno de los principales de la antigua nobleza mexicana. Este desde el siguiente día al de la toma de Tenoxtitlán, por los españoles, o sea el 14 de Agosto de 1521, apareció sentado sobre un montón de escombros que estaba en una de las esquinas del palacio de Axayacatl.

La más negra melancolía destrozaba el corazón del indígena.

Pensaba en su raza vencida y en el triste porvenir que esperaba a los descendientes de ésta. Pensaba en sus costumbres sustituídas por otras que aborrecía. Pensaba en que las mujeres de su nación habían de ser las madres de los hijos de los conquistadores.....

Y su corazón se llenaba de ira rabiosa, de tristeza impotente, de comprimida indignación.

Según sus creencias erróneas, miraba con lágrimas de sus ojos, derrumbarse sus dioses y coronar la cruz vencedora el antiguo Teocalli.

Ya no era el palacio de Moctezuma el centro del movimiento nacional. Yacía por tierra y despreciado.

En cambio se levantaba, símbolo de dominación, el nuevo palacio de D. Hernán Cortés, señor ya del imperio azteca.

Aquel hombre era consumido por la tristeza. La melancolía se pintaba con tanta expresión en su cobrizo y varonil rostro que los de su raza que pasaban junto a él ni se atrevían a hablarle y sostenía en ellos el sentimiento bendito del amor a la patria. A los mismos españoles inspiraba veneración, porque siempre la inspira el hombre de carácter firme y de convicciones íntimas.

Muchos meses permaneció allí, y como dice un poeta moderno:

"Fué la expresión muda y triste
De la aflicción de su raza."

Este indígena que según he dicho, y según Fray Bernardino de Sahagun, era uno de los más grandes personajes de la nobleza mexicana, murió el día 15 de Enero de 1522, víctima de la acerbísima melancolía que le cau-

sara el ver a su amada Tenoxtitlán gemir bajo el yugo extranjero.

El pueblo, para honrar su memoria, le consagró el tosco monumento que, antes en la esquina del Indio Triste, duró allí apenas medio siglo viniendo a parar al Museo, donde hoy existe.

EL CALLEJON DE SAL SI PUEDES

—Te he dicho, Inés, que debes prescindir de las re-aciones que mantienes con Gaspar de Astorga.

—Padre mío, no puedo obedeceros, porque no está n mi mano el dejar de amarle.

—Ese hombre no te conviene. Su carácter es vio-ento y duro y yo como padre busco tu felicidad.

—Señor,—replicó Inés con cierta impaciencia,—es in-til que me mandeis lo que no puedo hacer.

—Pues yo te haré **poder,**—replicó el padre encoleri-ado.

El diálogo que acabamos de transcribir tenía lugar n una calle de la señorial Toledo y en una casa a que aba sombra la hermosa catedral iluminada fantástica-ente por la luna que en carro de plata recorría los si-enciosos campos de la noche.

Pasada una hora de la media noche, el señor Olivares, adre de Inés, hizo traer una litera, introdujo en ella, no in algún maltrato a su hija, que comprendía la querían eparar de su amante y tomó camino fuera de la pobla-ión. A los pocos días se hacía a la vela para México un arco que conducía a la hija rebelde y al padre indignado.

Inés lloraba de un hilo. Parecía que a la amargura el mar iba a agregar la suya y a duplicar su caudal.

Pero no dijo mal aquél que dijo: "En lágrimas de ujer y en cojera de perro, no hay que creer."

Y si no, que lo diga el verídico desenlace de esta his-oria.

Inés cuando desembarcó en Veracruz fué a parar en la casa de un pariente, donde en la misma noche conoció a un capitán, de nombre D. Melchor Lazo. Este Lazo prendió en el lazo a la llorosa Inés.

Era Lazo uno de esos hombres frívolos, que siempre tienen de qué hablar y que cautivan a los estrados con picantes murmuraciones, chistes, anécdotas y la relación de hazañas fabulosas.

Inés, que era vulgar, quedó encantada de la conversación del capitán. Este al platicar, accionaba con vehemencia: cuando se ofrecía imitaba perfectamente la voz de todos los animales: se hacía de confianza inmediatamente con cuantos trataba; era uno de esos hombres que se hacen lugar en el mundo, por lo mismo que son de mucho brillo y poca substancia.

Inés en la noche de su llegada se desternillaba de risa cuando el capitán imitaba la pelea de gallos, saltaba de un lado a otro y cantaba sin la menor vergüenza:

Qui-qui-ri-quí.....

No se necesitó más para que Inés quedase prendadísima del capitán y olvidase al de Toledo. He aquí una muestra de lo que hacen frecuentemente los hijos con los padres. No ceden a sus buenos consejos cuando los quieren apartar de un mal matrimonio; se imaginan eterno ese amor, pero por un nuevo capricho todo lo olvidan.

Inútil es decir que el capitán e Inés se entendieron en breve tiempo.

Pero lo malo del cuento fué que Gaspar de Astorga tuvo qué venir a estas tierras a arreglar algunos negocios particulares de su ilustre tío Su Eminencia el Sr. Cardenal D. Diego de Astorga, Arzobispo de Toledo.

El joven viajero fué recibido perfectamente en la corte del Virrey, pues venía bien amparado por cartas de recomendación para los personajes más ilustres, entre ellas una de Felipe V para el Virrey D. Francisco de Alencastre, Duque de Linares y Marqués de Valdefuerte.

Una mañana, al pasar por la puerta de una iglesia vió salir una dama joven en la que reconoció a la hermosa Inés de Olivares. Acercósele y le manifestó su alegría por tan inesperado encuentro; pero cuando él esperaba igual

correspondencia de júbilo y afecto en Inés, ésta le expresó que había cambiado de parecer.

Gaspar de Astorga, después de echar a Inés en cara su infidelidad, con breves, pero enérgicas y sentidas palabras, se retiró decidido a tomar ejemplar venganza.

Supo que su pretendida se hallaba citada con el capitán a las seis de la mañana en la parroquia de San José y se apostó en la esquina del estrechísimo callejón donde Inés vivía.

Apareció ésta ostentosamente vestida y quiso, sin ni siquiera saludar a Gaspar, que éste la dejase franco el paso.

—No pasarás, Inés,—dijo Astorga,—sin que me vuelvas tu amor que he perdido.

—Gaspar, eso ya es imposible. Déjame pasar.

—Inés de mi corazón, tu infidelidad parte mi alma de dolor. Vuélveme la paz y felicidad que me has quitado.

—No seas importuno, dijo Inés y agregó con absoluta indiscreción: mira, voy a ver a mi nuevo amante y es tarde. Déjame salir.

A estas palabras, desenvainó el estoque y exclamó el ciego y furioso Astorga:

—"Sal si puedes"—al mismo tiempo que lo hundió hasta el pomo en el pecho de Inés.

Desde entonces el callejón estrechísimo en que aconteció tan triste tragedia tomó el nombre de "Sal si puedes".

LA CAMPANA DEL RELOX DE PALACIO

En el año de 1442 vivían en Toledo dos hermanos, estudiantes de Derecho, llamados Gil y Enrico de Mercadante. Gil era el verdugo de su hermano, la pesadilla de sus compañeros y la desolación de su madre. Irrespetuoso, y todavía más altanero y hostil para con ella, desde niño había manifestado un genio indomable y los gustos más depravados. En su infancia se complacía en dar lenta y dolorosa muerte a los animales más benéficos e inofensivos y en maltratar y asustar a los niños menores de edad que él.

Una vez crecido, la violencia de su carácter no reconoció límites ni miramiento alguno. Provocaba a todos sus compañeros y los insultaba soezmente y a la menor contrariedad prorrumpía en las más horrendas blasfemias e imprecaciones. Aquella boca parecía un hervidero de sapos, culebras y sabandijas. Sus compañeros, por esta razón, dieron en llamarlo con el dictado poco honroso de "El Diablo".

Las costumbres de Gil no habían sido nada edificantes ni en el colegio ni cuando salió de él y se aseguraba que en lo recóndito de su casa y a las altas horas de la noche se entregaba a horribles y espeluznantes prácticas, llegándose hasta decir que había hecho pacto con el mismo Satanas.

Contaban que una herida que recibió en un duelo se le cerró y cicatrizó al momento; que se le había visto una

noche abrir los gruesos barrotes de una verja de fierro como si fueran cordones de seda; que una piedra que había tocado en un momento de furor permaneció caliente hasta quemar, por largos días; que todo esto había hecho que se le encausase como hechicero y que se le pusiese preso con gruesa cadena al pie, pero con espanto y pasmo de los carceleros, habían quedado en la prisión únicamente la cadena y las piezas de la armadura, las cuales al ir a ser recogidas, días después, se levantaron y empezaron a andar por sí mismas.

Los jueces, sabidas tan estupendas cosas, mandaron quemar a Gil y su armadura fué fundida haciéndose con ella una cruz que sobre un pedestal de piedra fué colocada en el encuentro de dos caminos. De esta manera convirtiendo la armadura en signo santo de la redención, quisieron compensarse en algún modo las blasfemias de Gil.

Se dice que al fundir la armadura salían del fondo de las llamas blasfemias y carcajadas infernales que llenaron de pánico a los trabajadores.

Casi un siglo permaneció la cruz en la confluencia de los dos caminos, hasta que se ordenó fuese quitada de allí a fin de convertirla en campana que se destinaba a un monasterio cercano a Madrid.

La orden se cumplió; pero sucedió entonces que la campana repicó por sí sola algunas noches, aun en presencia de algunos sacerdotes que habían ido a conjurarla. La Inquisición que tuvo conocimiento de este raro suceso, sentenció a la campana a la pérdida de la lengua y a destierro perpetuo que extinguiría en la capital de la Nueva España.

La campana era de artística construcción; la adornaban varios relieves y remataba en una corona imperial asida por dos leones.

Cuando llegó a México fué colocada en el reloj de palacio dando las horas herida exteriormente por unos martinetes y allí permaneció hasta hace pocos años en que fué quitada no sé con qué objeto.

LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO

En una calurosa tarde del mes de Julio, después que una copiosa y refrigeradora lluvia había templado el calor y cuando el cielo límpido y sonriente y la suavidad de la brisa que corría invitaban a dar un paseo, salimos un profesor compañero mío y yo a solazarnos recorriendo las calles de la Capital.

Entretenidos en sabrosas y juveniles pláticas, ora nos deteníamos en este, ora en aquel aparador de las calles céntricas llenas de desocupados y curiosos, y poco a poco y sin sentirlo nos fuimos alejando del centro de la ciudad hasta llegar por el rumbo del Niño Perdido.

Mi interlocutor, deteniéndose repentinamente delante de una casa de aspecto vetusto y ennegrecida por el tiempo, me dijo, interrumpiendo la conversación que teníamos:

—¿No conoces la historia de la casa que tenemos enfrente?

—No, no la conozco. ¿Tiene acaso algo de curioso?

—Sí lo tiene y creo que te agradará saberlo, puesto que eres tan amante de las investigaciones históricas.

—Lo soy, y por lo mismo refiéreme lo que sepas acerca de esa casa.

Hicimos alto para contemplar la construcción, y entonces mi compañero me dijo:

—Pues has de saber que en esos tiempazos de allá

cuando gobernaba en nombre de nuestro señor el rey de las Españas.....

—Hombre,—dijo a mi acompañante,—déjate de prosopopeyas y ve derecho al grano.

—Pues el grano es,—me contestó en tono que siguió entre serio y chancista,—el grano es que gobernando estas tierras el señor visorey D. Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera (y otras yerbas.....)

—¡Canarios!—le interrumpí de nuevo,—si sigues así acabarás con mi paciencia, pues yo deseo saber lo que hay de particular sin aditamentos ni hojarasca.

Mi amigo entonces dejó la risilla burlona con que había comenzado su narración y ya en tono serio me hizo el relato siguiente:

—Cuentan que por el año de 1659 llegó a Nueva España, procedente de los reinos de Castilla, un joven escultor español, nombrado D. Enrique de Verona, quien después de haber hecho una obra delicada de arte en la bella cuanto histórica catedral de Toledo, había sido contratado por el Virrey D. Francisco Hernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, para hacer el altar de los Reyes en la Catedral de México.

Después de haber ganado honra y dinero, Verona, que en España había dejado esperando a una guapa gaditana, que todos los días iba a la playa a ver qué barcos venían, se disponía a regresar a su tierra para enlazar su suerte a la mujer que amaba, cuando he aquí que en la víspera del viaje, al dar vuelta a una esquina tropezó con una doncella a quien se cayó el pañuelo. El joven Verona por natural cortesía, se acercó a levantarlo y lo entregó a la doncella, la cual, poniéndose encendida como una amapola, fijó la mirada de sus ojos dulces y tiernos en los de Verona y con una voz que a éste le sonó a música, le dijo con tono conmovido:

—Gracias, caballero.

Fueron sólo dos palabras; pero estas dos palabras y aquella mirada y aquella gracia modestísima con que se ruborizó la doncella y la gentilísima apostura de ésta, produjeron en Verona más efecto del que él pudo de pronto comprender.

Quedóse parado en la esquina viendo alejarse la doncella y aquel "gracias, caballero", se lo repetía él mismo, como allá en su interior canta en silencio el diletanti la sonata que le cautiva.

Hasta entonces se acordó el olvidadizo del artista de muchas cosas que le faltaban arreglar para su viaje y aunque estaba dispuesto para el otro día, le pareció una locura, una falta imperdonable el no despedirse de un amigo a quien nunca había hecho maldito el caso, y el no dejar recomendado un gatico que había olvidado, con la vecina del otro lado.

—¡Pobre animalito!—se decía;—yéndome yo a España ¿qué va a ser de mi Micifuz? Sería una ingratitud el irme y no dejarle asegurada una pensión vitalicia de carne y de leche.

Pero este es negocio delicado porque la pensión requiere que no se quede ni en las uñas del lechero ni en las más filosas del carnicero. Este negocio requiere calma y madurez.....

Como tú comprendes, lo que Verona quería era disculpar ante sí mismo y con el pretexto de su gatico, el cambio que acababa de experimentar en su corazón; quería a todo trance, demorarse y dejar esperando a la gaditana

"Orillas del mar azul".

Quito pormenores y sólo te digo que, si a vuelta de una esquina se encontraron Verona y Estela de Fuensalida, que tal era el nombre de la doncella, a vuelta de otra se entendieron perfectamente.

Pero, Estela, también tuvo que dejar plantado a un su prometido. Era este un viejo platero llamado D. Tristán de Valladares.

La gaditana que se quedó espera que esperarás

"Orillas del mar azul"

no sé lo que haría; pero Valladares, lleno de rabia, de celo y de concentrado despecho, juró vengarse en la ocasión más oportuna.

Pasó un año. Estela había tenido un pequeño serafín en que se miraban los consortes. Era el niño una

esculturita humana en que se recreaba el padre, en que la madre depositaba cada día un millón de apasionados besos.

Una noche obscura del mes de Diciembre de 1665, la ciudad yacía en el sopor del sueño y sumergida en el silencio.

D. Tristán que abrigaba los más negros pensamientos, llegó sigilosamente a la casa de Estela y penetrando por una parte mal segura a un pajar, prendió fuego en éste. En el momento cundió la llama y cuando Estela y su esposo despertaron aturdidos se encontraron envueltos en humo y llamas.

Como sucede en estos momentos todo fué confusión en la casa. Las llamas crepitaban, ráfagas siniestras de rojiza luz salían deslumbradoras y fatídicas por puertas y ventanas. Una espiral de humo, combatida por el viento se entrelazaba con las lenguas ígneas que coronaban el edificio. A la nueva del siniestro había acudido una inmensa multitud y los gritos, los lamentos de Estela y los vecinos ponían el colmo a la confusión general. Estela buscaba a sus deudos, que todos al primer grito de "fuego" habían dejado la casa despavoridos.

Cuando Estela, repuesta un tanto de su primer pánico, y ya en la calle libre de las llamas, reflexionó que se hallaba, sin su esposo, sin su hijo, los dos seres más amados de su corazón, una angustia indescriptible se apoderó de ella y arrodillada en el suelo con las manos enclavijadas y apretándolas convulsivamente, y con hondísimos sollozos, los llamaba con gritos que subían al cielo.

A los gritos se presentó el esposo, pero sin el hijo. Entonces el dolor de entrambos no tuvo límites. Estela con el amor de madre, heróico por naturaleza, se arrojó entre las llamas para entrar por su hijo a la casa y D. Enrique se lo iba a impedir cuando el lloro lejano de su niño y el ver un hombre embozado que procuraba esconderse hizo que D. Enrique y otros se precipitasen sobre él arrancándole el niño que llevaba en brazos. El niño no era otro que el hijo de estela: el hombre era el vengativo Tristán.....

Las gentes que habían oído a Estela invocar a la

Santísima Virgen diciéndole "Madre mía, devuélveme al niño perdido" llamaron a la calle donde ocurrió el suceso con el nombre de "El Niño Perdido".

EL CLERIGO EN PENA

En el mes de Julio de 1712 comenzó a decirse que en la calle de Jesús María frente a la reja del Cementerio de la Iglesia, aparecía un clérigo que andaba en pena; que todas las noches a las 7 aparecía y que al pasar algún charco formado por las lluvias de aquellos meses, se levantaba los hábitos mostrando unas secas y amarillentas canillas.

Ya unos decían que era un jesuíta que había muerto renegando; otros, que era un virtuoso sacerdote que vivió más de treinta años en el 7 de esa calle y que murió sin dejar arreglados sus negocios y, finalmente otros aseguraban que era un rico benedictino que andaba en pena para ver a quién legaba su cuantiosa fortuna.

El vecindario estaba alarmadísimo; ningún mancebo quería aventurarse por la calles después del toque de oraciones, y las familias desde esa misma hora se encerraban y atrancaban sus puertas fuertemente, pues ninguno quería verse cara a cara con un muerto.

La ronda recogió los cuerpos de unas infelices mujeres que se habían desmayado al encontrarse el espectro.

No tardó ésto en llegar a conocimiento del Virrey, D. Fernando de Alencastre Noroña y Silva, Duque de Linares, el cual dictó enérgicas medidas, entre otras la de que se apostasen dos valientes capitanes en las esquinas de la calle a fin de averiguar quién era el que tan tris-

temente penaba; pero tan luego como le veían venir, despavoridos corrían desobedeciendo mejor al Virrey que apersonarse con el muerto.

Una mañana se presentó al Virrey un pobre lego dieguino llamado José de Ledesma, quien le dijo que habiendo perdido las dos piernas a causa de una gangrena, tenía la necesidad de andar sobre unos zancos, y que como por costumbre visitaba de noche a su familia que habitaba en la casa número uno de Jesús María, lo habían tomado los vecinos por alma de la otra vida, motivo por el cual, todos huían de él y dos veces llegaron a dispararle unos trabucos que por fortuna no le hicieron mal ninguno.

El Virrey mandó pregonar en el acto en qué consistía el espanto, y los vecinos aunque con temor y en grupos numerosos, salieron a convencerse de lo que por espacio de dos meses los tuvo excesivamente alarmados.

EL PUENTE DEL CLERIGO

El cuadrante inmenso de los siglos señalaba el año de 1649.

Era la época en que el respeto al clero, en que los sentimientos de la fe cristiana rayaban muy alto y en que por lo mismo, cualquiera falta o crímen cometidos contra una persona eclesiástica causaban un escándalo que al presente no podemos imaginar.

En esta época aconteció el hecho que paso a referir.

En la calle de los Medinas vivía entonces un joven como de 26 a 28 años llamado D. Duarte de Sarraza, portugués, pero criado en España, y poseedor de una inmensa fortuna, así como de dos títulos nobiliarios.

El ser noble y rico de una parte y de otra su carácter franco y leal, le hicieron en corto tiempo acreedor al cariño del Virrey de entonces, que lo era el Exmo. Sr. D. García Sarmiento de Sotomayor Conde de Salvatierra.

Sarraza pasado el tiempo, llegó a amar con frenesí a una hermosa joven llamada Doña Margarita Jáuregui, hija de un rico hacendado ya difunto y la cual estaba a cuidado de su tío el noble sacerdote D. Juan de Nava, caballero de las Ordenes de Santiago y Calatrava.

El padre Nava sabiendo que era disipado, jugador y que tenía otros vicios Sarraza, había prohibido terminantemente a su sobrina esos amores a la vez que había visto al Virrey que lo era ya el Illmo. Sr. Fr. Marcos Ló-

pez y Rueda, Obispo de Yucatán, para que aconsejase a Sarraza que desistiera de sus pretensiones para con Margarita; pero ambos se encapricharon y nada pudo conseguir.

Tan hostigado se vió Sarraza por el padre Nava, que decidió quitarle la vida.

Una noche, la del 3 de Abril de 1649, platicaba Sarraza con Margarita por la ventana de su casa, cuando en medio de las sombras logró distinguir un bulto que avanzaba en dirección a donde él estaba; era el padre Nava que venía para su casa.

Sarraza resuelto a su depravado fin, se despidió de Margarita, se apostó en el puente de una zanja que había en la calle, desenvainó su daga y al pasar el clérigo frente a él, le asaltó alevosamente clavándole la daga en la cabeza y arrojando después a la zanja al moribundo sacerdote.....

Sarraza no volvió a ver a su prometida temiendo le descubriesen como el asesino del padre Nava.

Por fin, a los seis meses decidió ir en busca de su antigua amante con otro depravado fin, el de robarse a Margarita.

A la mañana siguiente, dice la leyenda popular, el pueblo que vivía por la casa del padre Nava, contemplaba horrorizado sobre el puente de la zanja a Sarraza estrangulado a manos de un esqueleto que vestía negra sotana, y como prueba patente de un crímen misterioso, el cráneo del esqueleto tenía clavado un puñal.....

.....

Tan honda impresión causó este acontecimiento que esa calle, aunque ya sin el puente ni la zanja, guarda todavía el nombre de calle del Puente del Clérigo.

EL CONVENTO DE SANTA BRIGIDA

El caso curioso y raro que voy a referir pasó el siglo XVII y el año de 82.

Trascurría el año del Señor de 1782. El convento de Santa Brígida, fundado en 1734, había cambiado por completo en menos de medio siglo; la iglesia se había agrandado un poco; D. José Francisco de Aguirre y su esposa Doña Gertrudis Roldán, fundadores del monasterio habían muerto y descansaban en el presbiterio de la Iglesia. Las RR. MM. Teresa, Brígida, Eduarda de Jesús, María Tomasa de San Fernando y demás compañeras, primeras moradoras de ese convento, dormían también el sueño eterno en el Coro bajo, y en fin, los claustros se habían aumentado por el gran número de monjas y novicias que encerraba aquel santo monasterio.

Entre las monjas profesas, entre aquellas santas mujeres que olvidando el mundo en la flor de su edad se encerraban en el claustro para entregar su corazón a Dios y su pensamiento a la contemplación de altos ideales, había una encantadora joven como de 19 a 20 años, llamada Teresa Isabel de Villavicencio, hija de un rico hacendado de Veracruz y la cual, según se decía, la había llevado allí un desengaño de amor, una infidelidad de un joven llamado Carraza, bibliotecario que era del claustro de los Doctores en la Real y Pontificia Universidad de México.

Aquella joven había sufrido una de esas maravillo-

sas transformaciones que hacen de la mujer un ser superior y casi angélico.

Antiguamente, Teresa Isabel, brilló en los salones, por el hechizo de su figura escultórica, de su mirada llena de dulcedumbre y poesía. Ahora, la hermosura de Isabel era diferente. Es indecible cuánto realza la belleza del alma a la belleza del cuerpo.

Era Isabel, alta y delgada, pero con esa delgadez propia de las personas espirituales que avasallan la carne y la hacen servir a las glorias a las fruiciones y a las excelsitudes del espíritu. Su cutis tenía la tersura y el color de la rosa de Alejandría, y así como un vaso de alabastro dentro del cual hay depositada una luz, adquiere cierto brillo luminoso, así las mejillas de Teresa Isabel, tenían algo más que la sola carne: eran traslúcidas, digámoslo así, y dejaban transparentar la luz del espíritu.

Andaba Sor Teresa, pero no como el que siente el peso de su cuerpo, sino con una ligereza aérea, semejante a la del ave que roza y arruga ligeramente la superficie de los lagos.

El timbre de su voz hacía sentir la voz de una alma, toda dulzura, toda belleza, toda humildad.

Había dejado aquella alma los míseros amores de la tierra para volar como la garza real por la inmensidad azúrea, para volar por los cielos del verdadero Amor, de la extática contemplación.

Sus compañeras decían que su cuerpo exhalaba un aroma, como de nardos, como de azucenas.

La amaban, la respetaban, la admiraban. Su humildad, sobre todo, y su espíritu de obediencia, las enternecía.

Llegó el mes de Diciembre del expresado año de 82; la comunidad se disponía a asistir a las vísperas cuando Sor Teresa se vió repentinamente atacada de calentura.

La noche era fría, como de invierno, y además llovía con esa monotonía que predispone a la tristeza.

Viéndola enferma la superiora le mandó se retirase a su celda y se recogiera; dispensándola por esa noche de asistir a las prácticas religiosas.

Sor Teresa tenía una devoción. Todas las noches

rezaba a una imágen del Crucificado, que en el Templo había; y ahí permanecía en éxtasis durante una gran parte de ellas.

Sor Teresa a nadie había hecho confidente de las cosas tan sorprendentes que veía en sus ensimismamientos.

Veía cómo el Redentor bajaba de la cruz y le hablaba, diciéndole cosas que ella jamás reveló.

La noche a que hacemos referencia, lo que más sentía Sor Teresa, era el verse privada de ir como tenía costumbre, a orar al pie de la cruz.

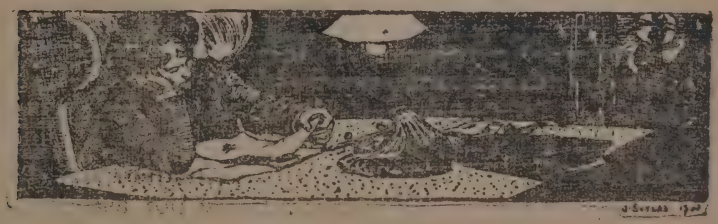
Pero no tuvo más remedio que resignarse, aunque con todo el dolor de su corazón a pasarse sin la plática divina.

En su celda estaba, cuando sin que mediara ruido alguno, vió al Salvador a su cabecera; y según ella reveló después, le dijo, que ya que ella no le había ido a ver El lo hacía para que no tuviera pesadumbre.

La tradición no dice qué más hablarían el Divino Maestro y la monja; pero ya al retirarse, el Redentor, ella, como notara que la lluvia seguía, le puso un rebocillo en las espaldas para que no se mojara.

Al día siguiente, Sor Teresa se encontraba peor y al revelar la visión que tuviera no la dieron crédito al principio, creyendo que sería hija de la calentura; pero quedó comprobado al ver que ella decía que el Cristo se había llevado el rebocillo y vieron que, en efecto, la sagrada imágen lo tenía, húmedo aún por la lluvia.

Pocos días después murió Sor Teresa, y tuviéronla en olor de Santidad.



EL CALLEJON DEL GARROTE

Entre las leyendas populares de las calles de México, pocas habrá sin duda de un sabor tan arcaico y de un ejemplo tan aplicable, como la que dió orígen al nombre de un callejón que culebreaba detrás de lo que ahora es el Puente de Alvarado.

Era aquel sitio, poco más o menos lo que en la actualidad es la Colonia de la Bolsa: antro de criminales desmelenados y de mujeres que sin aspecto de tal, eran el retrato viviente de las brujas de Macbet o de la Medusa terrorífica.

Las habitaciones eran verdaderos cuchitriles, donde sin embargo de hervir un infierno humano, se rendía pleitesía a todos los santos conocidos y por conocer; pues es muy de nuestro pueblo aquello de llevar colgado al cuello un escapulario con la oración del Justo Juez, que, mientras suele acariciarse con una mano, la otra sepulta un puñal afilado en el pecho de la víctima.

Allí, en aquel callejón, reinaba como amo y señor, un viejo herbolario, brujo, astrólogo y demás, que respondía al nombre de Don Tacho, y que era el paño de lágrimas de los vecinos de la calleja.

* * *

Podía haberse sacado de aquellas viviendas del dicho callejón, si existiesen todavía en estos tiempos, más de un ejemplar del "Tigre de Santa Julia" o del "Chaleque-

ro", en tratándose de hombres de pelo en pecho. Por lo que hace a mujeres, abundarían las Bejarano, torturadoras de niños, o las "Ojitos" destripadoras de amantes, cuando éstos no podían saciar la sed devoradora de sus besos.....

Cada casucha, era una especie de altar. Imágenes de todas clases y colores, cubrían los muros desconchados; velas de todos calibres ardían constantemente en ligeras peañas, en advocación al santo milagroso; las oraciones más estrambóticas brotaban de aquellos belfos desdeñosos, y manos sucias y temblonas se alzaban al cielo, enclavijadas, rogando por el éxito de algún robo, de algún asalto o de algún asesinato.

Pero entre toda esta barahunda de rezos, sobresalía la tempestad de apóstrofes de los matrimonios "civiles" o "criminales" que allí se guarecían, y los lamentos de las víctimas que caían por tierra a los sendos golpes de los enfurecidos galanes.

En todo caso, Don Tacho, el omnipotente en la barriada, era árbitro inapelable: para muchos tenía consejos; para los maltrechos, medicamentos infernales; para los valentones, amenazas.

Y el maremagnum aquel seguía en todo su apogeo, sin que las gentes de la justicia quisieran ver en ello, por precaución o por miedo; pues a las hazañas de los gandules y de las hembras bravas, se juntaban las proezas de brujería de Don Tacho, ya muy populares en el contorno y que hacían estremecer a los más tímidos.

* * *

Una noche de tantas, el Alcalde Mayor mandó llamar a Don Tacho y le dijo:

—Ya es tiempo de poner término a tanto escándalo como hay en ese callejón endemoniado. Si me prometes meter a la gente en cintura, yo te ofrezco perdonarte todos tus abusos de brujo y de dómine, librándote a la vez de las garras del Santo Oficio, que van tras de tus pasos.

—Está bien.—Fué la única respuesta concisa del in-

terpelado.

Y como Don Tacho ejercía un dominio absoluto entre aquella horda, y como era compadre de pila de la mayoría de los matrimonios, ya que no había muchacho que viniese al mundo que no fuera llevado por el brujo a la iglesia para cristianarlo, fácil le fué, por medio de una conminación, reunir en su casa que era la que mejor aspecto presentaba, a todos los moradores de aquel antro.

Cuando estuvieron juntos y después de mucho pensar Don Tacho, el indio omnipotente del callejón, se expresó en estos términos:

—Compadres: ustedes ya me conocen. Les he dado remedios para enfermedades; brebajes para que cometan crímenes, y consejos para que se salven. Ahora no puedo más; estoy amenazado de muerte, y si ustedes no acaban con esos escándalos diarios que arman con sus mujeres noche a noche, veremos quién puede más.

Y prosiguió, dirigiéndose a un viejo mueble que incrustado en la pared hacía las veces de armario, de botiquín y de todo:

—Esta medicina que les voy a dar, es la mejor para que sus mujeres dejen de ser malas, y no exijan ya que ustedes cometan más barbaridades.

Y así diciendo, entregó a cada uno un garrote, como esos que hoy en día usan los gendarmes, fuerte y bruñido y fabricado con madera del corazón del mezquite.

* * *

Cuenta la tradición que aquella noche fué la última que se escucharon en el callejón temido, las imprecaciones y los gritos, y más de un lamento desgarrador pidiendo gracia en nombre del cielo.

Al siguiente día todo era paz y concordia. Y alguien, satisfecho del éxito, colgó en una esquina, pendiente de un clavo, aquella arma contundente que le había entregado el viejo Tacho.

Los hombres, pasaban bajo de ella y se reían en silencio.

Las mujeres, pasaban santiguándose, como si hubie-

sen visto una reliquia.

Y desde entonces se le quedó a aquel rumbo, el nombre poco poético pero significativo de "El Callejón del Garrote."

CALLEJON DE LA DANZA

En tiempos de la Conquista, la superstición de hombres y mujeres de nuestra raza, era excepcional.

De poco o de nada servían los exorcismos de los sacerdotes para ahuyentar al "malo" que se había metido más entre ceja y ceja de los crédulos, que entre los rincones de las casuchas destartaladas y sombrías, que eran por lo regular, las propicias para esta clase de sucesos.

Y no se crea que ésto es nuevo ni exclusivo de México.

Desde en tiempos de la Sibila de Cumas, que en la colonia griega de la Campania dictaba su sino a los eubeos, hasta las húngaras que hoy recorren las calles de todas las ciudades de todos los países, la superstición vive y late, crece y hace mella en los espíritus, y será la pesadilla de sabios e ignorantes, de guerreros y soñadores, de pobres y ricos, de monarcas y esclavos.

Por eso el hecho vive y es comentado todavía.

* * *

De las ocho de la noche en adelante, o más bien desde el "toque de queda" que en aquellas épocas coloniales era señal de silencio para nobles y plebeyos, ningún ser viviente, ninguna ronda, ninguno de esos calaveras o aventureros que recorrían las calles de la metrópoli en busca de pendencias o de lances de amor, y en veces, de alguna bolsa y de la vida de su dueño; desde esa hora, decimos, nadie se atrevía no ya a transitar por el callejón

de "La Cueva de los Nahuales", conocido también por el "Callejón de la Danza", sino siquiera a pasar por los otros a él adyacentes.

* * *

En uno de los más distinguidos cuerpos de arcabuceros con que contaba el entonces Virrey de la Nueva España, había uno llamado Simón, de veinte años a lo sumo, y quien, para usar la expresión gráfica, no temía ni a Dios ni al diablo.

Simón no necesitaba del estimulante del alcohol para arrostrar los más serios peligros y acometer las más descabelladas aventuras.

Por eso, cuando oyó la prédica del cura de la iglesia cercana al callejón fatídico y en la que encargaba a sus feligreses que por nada del mundo se acercasen allí, sino que pasaran rápidos haciendo la señal de la cruz, Simón sintió el aguijón de la curiosidad clavado enmedio del alma, y juró desentrañar el misterio.

En peores se había visto aquel arcabucero, para huír de la oportunidad que se le presentaba seductora como las sirenas que tentaban a Ulises.

* * *

Mientras tanto, la leyenda tomaba proporciones pavorosas.

Ya no era sólo una danza infernal la que bailaban los espíritus maléficos en torno de una hoguera levantada a la mitad del callejón temido. Ya no eran únicamente los "nahuales" y las brujas, en nocturno aquelarre, gesticulando y enseñándose con fruición sus rostros estrambóticos, sus ojos sin pestañas, sus cuerpos cubiertos de plumas, sus melenas hirsutas y largas, sus uñas corvas y filosas, y que armaban aquel concierto infernal que ponía pavura en el corazón de todos los vecinos de la barriada.

Era algo más.

Los "nahuales" y las brujas, por medios invisibles,

entraban á las casas de las cercanías y se robaban a los niños, sacándolos de las cunas sin dejar la menor huella y sin que nadie llegase a ver aquellas sombras fantásticas.

Y el escándalo cundió no sólo entre los corchetes y los arcabuceros, sino con más sombras en el alma de las madres y de las nodrizas del barrio, pues en una sola semana llegaran a desaparecer cinco infantes de ambos sexos.

Y parece mentira: ¡la justicia era impotente para intervenir!

* * *

Cierta noche fría y lluviosa, favorable a los designios de Simón, éste se envolvió en su capa; se colocó su espada y sus pistolas: cogió entre sus manos fornidas el arcabuz, y se encaminó sin duda ni temores a la "Cueva de los Nahuales" o "Callejón de la Danza".

Dos actos diametralmente opuestos consumó Simón cuando hubo llegado al lugar siniestro: hizo la señal de la cruz, y mientras musitaba algunas oraciones que de chico había aprendido, vació de dos sorbos una botella de aguardiente, para dar más fuerza a sus nervios a fin de que no flaqueasen en el momento decisivo.

Pegado al muro, arrastrándose como una serpiente y mientras contenía los latidos de su corazón que le repiqueteaba en el pecho, Simón llegó a cierta distancia de donde aquellos espectros danzaban. Pudo percatarse entonces de que eran seres vivientes; tan de carne y hueso como él, y por ende, vulnerables a las balas de su arcabuz y a los golpes de su sable.

Con un brinco de pantera, se plantó en el centro del aquelarre. A uno de los "nahuales" le descerrajó un tiro: a una bruja le dió un golpe con la culata de su arcabuz; y echando mano a la espada, empezó a gritar mientras arremetía a golpes:

—¡A mí los arcabuceros! ¡A mí los corchetes!

Como por ensalmo, aquellos que rehuían acercarse al fatídico callejón, fueron apareciendo: primero, los sol-

dados, después una ronda que oyera las aclamaciones de auxilio de Simón, y más tarde los vecinos del barrio.

Ya entre todos, sujetaron a aquellos espectros; los condujeron a los calabozos del Santo Oficio; y al hacer un registro en aquella especie de Corte de los Milagros, hallaron en piezas destartaladas y subterráneas, hasta una docena de infelices niños harapientos, cuyos rostros denotaban el hambre y el miedo.

Aquellos miserables fantasmas, se dedicaban a robar chicos para instruirlos y dedicarlos al "arte" lucrativo de la mendicidad.

Pero, a pesar de todo, el callejón siguió infundiendo hasta hace tiempo, un miedo cerval a los transeuntes, y pocos eran los que se aventuraban por sus laberintos!

De ahí tomó el nombre de "La Cueva de los Nahuales" o "El Callejón de la Danza", que llevó por muchísimos años.

———::o::———

CALLE DE LA MACHINCUEPA

Oid este relato histórico, de un suceso que acaeció en la Nueva España allá por el año de 1714, y el cual dió orígen a que una de las calles de la capital llevase por mucho tiempo el nombre de que se habla, a la vez que probó que la justicia de los hombres, cuando es bien aplicada, tiene ejecutorias terribles.

* * *

Un noble septagenario, Don Mendo Quiroga y Suárez, Marqués de Valle Salado, cruzó los mares, dejando atrás la tierra de Carlos Quinto y viniendo a radicarse al que había sido el esplendoroso Imperio de Moctezuma.

Venía Don Mendo, cargado de dinero y de recomendaciones para el Virrey, y le fué fácil hallar acceso a todos los sitios: desde la corte fastuosa y aduladora de aquella época, hasta la clase media en donde sembró algunos beneficios desinteresados.

Pero un ataque de gota, enfermedad propia de los potentados, hizo del Marqués de Valle Salado una especie de guiñapo humano: regañón, insoportable, abandonado hasta la suciedad, y enemigo de la vida que con tanta miseria coronaba sus afanes.

Era, lo que pudiéramos decir, un renegado.....

* * *

Coincidiendo con la enfermedad del noble Marqués,

tuvo lugar en España la muerte prematura de su único hermano, el que dejaba si bien no mal puesta en sentido económico a una hermosísima hija única, sí sola y abandonada a su suerte entre un torbellino de aduladores cuyos altos timbres a la manera de Don Juan, eran burlar a una joven y deshojar su virtud como una rosa enferma.....

Fué entonces cuando el achacoso hispano giró órdenes y dineros para que, persona de su confianza, encargárase de conducir a Nueva España aquella sobrina que había quedado abandonada.

Y, pocos meses más tarde, una dama entraba a la casa del Marqués.

* * *

Era, Doña Paz Quiroga, una mujer irresistible. De ojos y cabellos negros como el ala de un cuervo; de tez blanquísima que contrastaba con aquellas tonalidades; de labios que parecían siempre haberse retirado de un vaso sangriento; de cuerpo de madonna romana; de manos aristocráticas y de pies que bien hubieran calzado los chapines de la Cenicienta: era, en fin, un prodigio de hermosura.

Mas contrastando con tantos dones físicos, se hallaban su carácter voluntarioso, su orgullo indomable su despego hacia aquel tío que la había librado de la orfandad y su intransigencia en todo.

Cuando Doña Paz entraba al cuarto del Marqués, hacíalo aspirando un frasco de sales, para evitar el mal olor.

Jamás le dedicó una frase amable.

Jamás le atenuó sus dolores.

Y mucho menos le dió un beso de salutación.

Despreciaba a cuantos galanes la rondaban con buen fin.

Murmuraba de todas sus amistades.

Y lo que es peor, criticaba a su tío el Marqués, diciendo que era un viejo asqueroso que le amargaba a ella la vida, y que Dios haría bien en llamarlo a su seno.

Y esto último llegó a oídos del de Valle Salado.....

La muerte, implacable, entró una noche con paso cauteloso a la recámara de Don Mendo Quiroga y Suárez, dejando frío aquel cuerpo agotado y enflaquecido y haciendo que su alma volara a las regiones ignotas.

Doña Paz, la orgullosa dama, lloró copiosas lágrimas con uno de sus bellos ojos, mientras tenía el otro fijo en un viejo arcón donde el Notario del Marqués había guardado el testamento de éste, sellado y lacrado.

La hembra española presumía que era heredera única de aquel hombre que, merced a todos los medios, hasta el de la piratería en sus buenos tiempos, había logrado reunir y dejar sancado un capital de más de tres millones de pesos.

Y entonces, la parvada de pretendientes se hizo más compacta en torno de Doña Paz, como una ronda de mariposas que fuesen a quemar sus alas en una llama fúlgida.

Y el desprecio de la dama para todos, se acentuó más, ya que tenía la certeza de que entonces valía doblemente: por su hermosura y por su dinero.

Sin embargo, el amor es tenaz, y algunos perseveraron.

El día fijado, con toda solemnidad y en presencia de algunos testigos de la corte virreinal que llevaran amistad con Don Mendo Quiroga y Suárez, fué abierto el testamento que, para Doña Paz, constituía como una obsesión, por ignorar su contenido.

—Aquí nombran a usted heredera universal de los bienes de su tío el Marqués de Valle Salado—dijo el Notario con socarronería.

—¿Sí? respondió Doña Paz.—Ya me lo suponía: ¡era tan bueno y cariñoso mi pobre tío, que no me cansaré de llorar su pérdida!.....

Por los labios del ejecutor testamentario vagó una sonrisa expresiva, y calándose las gafas, leyó ante la espectación de los presentes:

"Dejo a mi sobrina Paz, toda mi fortuna, consistente en bienes y en metálico; pero a condición de que pague todos los tormentos que me hizo sufrir en vida, pues de otro modo ese legado pasará íntegro a la Orden de San

Francisco y a la de Mercedarios, por partes iguales. El desagravio es éste: mi sobrina Paz saldrá de casa en coche descubierto; atravesará las calles de Plateros y San Francisco; y en el centro de la Plaza Mayor, mientras viste un traje de baile y humilla la cabeza, dará una **machincuepa** a presencia de los espectadores que se reúnan..... De otro modo, la herencia irá a las Ordenes cuya devoción profesé en vida. —Firmado— El Marqués de Valle Salado."

Una bomba que hubiese reventado a los pies de la orgullosa castellana, no haría más efecto que la lectura de aquella cláusula.

No hizo más que exhalar un grito y caer desvanecida en la alfombra, mientras los asistentes se retiraban sin compadecerla.....

* * *

Pudo, como era natural, más la ambición que el decoro en la bella Doña Paz.

Una mañana en que había millares de almas lomismo en el atrio de Catedral que en la Plaza de Armas, descendió de un lujoso carruaje, dirigiéndose al tablado que se levantara al efecto.

Y mientras sus manos trémulas desgarraban el traje, y su peineta crujía al peso de la cabeza ensoberbecida, y los pequeños pies describían un círculo en el aire, Doña Paz echó aquella "maroma" que le valía la miseria de más de tres millones de pesos.....

Una carcajada burlona y general, premió la agilidad de Doña Paz en aquel acto acrobático; y recogiendo sus ropajes con furor entró de nuevo en su coche y partió veloz al palacio del Marqués difunto.

Ningún pretendiente volvió a acercarse a la reja de la dama.

Ninguna invitación a saraos recibió en lo sucesivo.

Y al verse abandonada y hecha ludibrio de las gentes, Doña Paz Quiroga realizó todos bienes y regresó a España.

Pero la leyenda fué recogida por la posteridad, y a ella se debe que la calle en que se alzaba el palacio del Marqués de Valle Salado, llevara por muchísimo tiempo el nombre de la "Calle de la Machincuepa". (Maroma).

CALLE DE LA CADENA

La tradición respetó hasta hace poco tiempo, el nombre que se diera a una de las calles de México: la de la Cadena.

El orígen de esa nomenclatura, es singular, ya que cada arteria tiene su leyenda más o menos fantástica; pero ésta de que nos ocupamos, aparte los duendes y aparecidos que constituyen el fondo de las demás, tiene el sello de la verdad y por eso resalta, conservándose en la memoria de todos los habitantes de la metrópoli.

Casi siempre que se trata de un protagonista que no lleve en sus venas la sangre azul de los conquistadores o la noble de nuestra raza, aquel aparece anónimo: circunstancia que en veces, puede desvirtuar la leyenda; pero no es culpa nuestra si los historiadores fueron poco precavidos en casos que reclamaban todos los detalles, para que la posteridad diera a aquellos más importancia.

* * *

Uno de los nobles que llegó a la Nueva España acompañando al Virrey Apodaca, traía consigo, como todos ellos lo hacían, a un negro que parecía un cíclope: tan arrogante y fuerte era su constitución, amén de la fidelidad a toda prueba que los esclavos guardaban a sus amos y dueños.

Y sucedió que un día, aquel negro cometió un acto villano que el pudor impide detallar; pero que ameritó

su sentencia de muerte por parte de los temidos miembros del Tribunal del Santo Oficio.

Con el sambenito infamante, con las manos atadas a la espalda y a horcajadas en una mula que custodiaban corchetes y ejecutores, el sentenciado atravesó las calles de México, y aquel cortejo fúnebre se dirigió al lugar del suplicio, donde el negro debería de ser quemado: forma la más común para dar muerte a los reos en aquellos tiempos de la Inquisición en que las paredes tenían oídos como las del Louvre; en que las delaciones, por inverosímiles, bastaban para llevar un hombre al cadalso, sin más pruebas que el dicho de sus enemigos, y en que era asaz aventurado hablar fuerte, porque las mismas palabras podían convertirse en lenguas de fuego que formarían la hoguera de los desventurados.

* * *

Plazas, calles y balcones, todo estaba cubierto de gentes ávidas de presenciar aquel desfile de la muerte, mientras millares de espectadores se apiñaban en el lugar destinado al sacrificio.

El reloj de la vieja Catedral, daba pausadamente las once del día.

La ejecución estaba fijada para las doce en punto.

Y el pueblo se impacientaba porque no veía llegar a la víctima.

¡Así ha sido y será en todos los tiempos, cuando se trata de ver correr sangre humana, como si llevásemos en nuestras venas otra que fuese de gorilas o de antropófagos!

Y ese pueblo, esperó en vano.....

* * *

Cruzaba la comitiva por una calle céntrica, donde, entre jacales humildes que después fueron derruídos por su aspecto indecoroso, se alzaba una especie de alcázar.

Era este un caserón almenado. Toscas rejas de hierro cercaban el alto muro, dándole el aspecto de una for-

taleza medioeval. Un escudo, signo de rancia nobleza, se destacaba en el frontispicio, y una cadena gruesa, de acero, semejante a las que deben haber usado los señores feudales en los puentes levadizos, se extendía por todo el frente de la mansión heráldica y suntuosa.

Un sacerdote, con el crucifijo en la mano, desgranaba sus oraciones a un lado del reo.

Todos hacían coro al sacerdote.

De pronto, y sin que ninguno de los guardias pudiera evitarlo, ya que tan rápida así fué la acción, el negro rompió las ligaduras que le ataban las manos. De un brinco prodigioso dejó su cabalgadura; atravesó por entre la multitud asombrada y aferrándose con sus manos trémulas a la recia cadena, gritó con voz estentórea:

—Pido gracia a la nobleza de nuestro amado monarca! ¡Pido gracia!

Un caballero arrogante que vestía un justillo azul y que ceñía a su cintura una espada con pomo de oro, se destacó en la galería del palacio; bajó las gradas de la escalinata y rápido se dirigió hacia donde estaba el infeliz negro sentenciado a muerte.

Una onda de estremecimiento corrió por la multitud.

La acción del negro era sagrada y salvadora.

Así lo decían las leyes de aquellas épocas.

Y el noble aquel, sin esa repulsión muy común a los hombres de su clase, puso las dos manos aristocráticas sobre los hombros del que reclamaba su patrocinio, y gritó con voz de trueno:

—¡Este hombre me pertenece! ¡La ley y mi nobleza lo escudan!

Y el negro cayó de rodillas, besando los pies de su salvador.....

* * *

Los emisarios de la Justicia, dieron media vuelta, compungidos.

Avisaron al Virrey del sucedido, y éste aprobó la conducta del caballero español; pues así como en aquellos tiempos pretéritos, cualquier fugitivo que entrase a un

templo era invulnerable, así en la Nueva España, el que apelase a la ayuda de un noble en los términos en que lo hizo aquel reo, se encontraba a salvo.

Desde entonces, aquella arteria de México, lleva el nombre de "Calle de la Cadena".

Y el negro sentenciado vivió largos años.....

Y el pueblo, siguió rugiendo impaciente, sin el espectáculo de la ejecución prometida!.....

LA CALLE DEL ESCLAVO

Era un negro musculoso y bronceado, como una estatua viviente arrancada del palacio de alguno de los reyes de Egipto.

Ultimos vestigios de aquella raza de esclavos que los señores de horca y cuchillo trajeron a la Nueva España, en plena dominación, tal vez no le quedó otro recurso que alistarse en las filas del ejército que combatía a los insurgentes, o su sino lo arrastró a ese caos como un recurso que le presentaba para su liberación, y empuñó el arma asesina sin tener conciencia de lo que hacía.

Ello fué que en una de aquellas derrotas que a las huestes contrarias infligiera el intrépido Morelos entre las escabrosidades de las sierras del Sur, aquel atleta negro cayó prisionero juntamente con otros de sus secuaces, y llevado a presencia del Cura de Carácuaro, éste le interpeló en la forma siguiente:

—¿Por qué luchas contra nosotros, cuando precisamente buscamos la libertad de la nación y con ella la de los que, como tú, son presas de la esclavitud ignominiosa?

Y el negro musculoso y bronceado contestó:

—Nací esclavo y moriré esclavo; ¡poco me importa la libertad!

Dicen que aquella águila suriana, dejó pasar por sus pupilas un rayo de cólera, y que volviéndose a uno de los oficiales, le dijo:

—¡Ejecutad a ese miserable! ¡Quien reniega de la libertad y de los que luchamos por otorgársela, es indigno de la vida!

Y el hombre broncead, rodó entré las convulsiones de la agonía, tan esclavo y tan infeliz como había vivido.

* * *

Hay quien achaca a Morelos, que él mismo, en el ímpetu de furor que sintiera cuando escuchó las palabras del negro, fué quien le descargó un pistoletazo en pleno pecho, increpándolo por su actitud salvaje que no se compadecía con la benevolencia del insurgente; pero ésto no pasa de ser una ficción.

Morelos era incapaz de cometer una acción villana, que a eso hubiera equivalido un asesinato a sangre fría: se concretó, pues, a decretar la ejecución y sus órdenes fueron cumplidas.

Pero, entre el cuadro aquel, macabro y conmovedor a la vez, ya que en él figuraban como protagonistas los hombres que buscaban la emancipación, y un representativo de esos andrajos de carne acostumbrados al yugo vil de la ignominia y del desprecio; sucedió algo insólito..... El negro, agonizante, se incorporó apoyándose en los dos brazos hercúleos; sus ojos, como soles lívidos, fulguraron en el último instante; y sus labios gruesos y pálidos, se abrieron como en una imprecación para dejar salir estas frases:

—¡Los hombres de mi raza no mueren del todo! ¡Ya nos veremos otra vez en el palacio de mis amos!

* * *

Pocos años después, cuando las tropas insurgentes de Morelos hacía su entrada triunfal a la Ciudad de los Palacios, uno de los oficiales apellidado Robledo, con su asistente y diez hombres de escolta, se hospedaba en una casa que tenía el aspecto de palacio semiderruído, y que se alzaba a la vez majestuosa y sombría en una de las calles principales de México.

Después de las terribles jornadas que hubieron de hacer, y en aquel paréntesis de tregua moral y física para los soldados de la libertad, era natural que soñasen con

una cama blanda para hacer descansar sus cuerpos llenos de cicatrices y maltratados por las vigilias inherentes a la campaña. Así fué cómo Robledo y los suyos, después de tomar un refrigerio que les trajera el asistente, se acomodaron en distintos departamentos de aquella casa de aspecto señorial: como algunos de sus compañeros lo habían hecho en varios lugares, ya que los cuarteles eran insuficientes para alojar a las tropas.

Y, aquellos soldados de la libertad, soñaban en la Patria y en los suyos.....

* * *

Era el peso de media noche.

Robledo se estremeció al sentir una mano fría y pesada que, como garra de buitre, se hincaba en uno de sus hombros.

Valiente entre los valientes, se incorporó sin temblar: buscó el sable que dejara a su cabecera; y saltando del lecho quiso hacer frente a aquel importuno que lo despertaba en lo mejor de su sueño.

Pero su espanto fué tremendo, cuando vió ante él, al negro aquel musculoso y bronceado que allá, en las sierras del Sur, había pagado con la vida su irreverencia al gran Morelos y su apóstrofe contra la libertad.

El negro fué retrocediendo paso a paso, sin volver el rostro: rostro descarnado, donde sin embargo, fosforecían las dos pupilas, como un fuego fatuo que se escapara por los resquicios de una tumba.

Al contrario del rostro, el cuerpo de aquel infeliz conservaba toda la carne musculosa y brillante. Alzaba al cielo sus dos manos aprisionadas, y besaba con fruición una recia cadena que en ellas caía como signo patente de esclavitud, mientras decía a Robledo con voz cavernosa:

—¡Ya ves como he vuelto a verte! ¡Tú fuiste quien mandó el cuadro de mi ejecución; pero no pudiste lograr que dejara de ser esclavo más allá de la vida!

El bravo oficial llamó a los suyos. Armados y temblando a su pesar ante aquella aparición misteriosa, la persiguieron por todos los departamentos de la casa, así como por sus amplios corredores, sin lograr dar alcance a aquella sombra intangible.

De pronto, encaramándose el cuerpo del negro a uno de los pretiles, volvió a alzar sus manos encadenadas, y lanzando una carcajada siniestra, se dejó ir al vacío, mientras el oficial y sus hombres quedaban como petrificados.

* * *

Pocos, muy pocos, dieron crédito a la narración que Robledo hiciera del suceso, por más que lo certificasen sus compañeros de lucha y de temores en aquella noche fatídica; pero desde entonces, la calle en donde se alzaba el palacio derruído y que fué sin duda donde sirviera el negro a algún señor, llevó el nombre "La Calle del Esclavo".

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 122884783